

02

**LA POLÍTICA
COMO SERVICIO AL BIEN
COMÚN EN EL PENSAMIENTO
DE JORGE BERGOGLIO /
PAPA FRANCISCO**

Marco Gallo

PROGRAMA DE FORMACIÓN DOCENTE



Editorial de la Universidad Católica Argentina

**LA POLÍTICA COMO SERVICIO AL BIEN
COMÚN EN EL PENSAMIENTO DE
JORGE BERGOGLIO / PAPA FRANCISCO**

MARCO GALLO

**LA POLÍTICA COMO
SERVICIO AL BIEN
COMÚN EN EL
PENSAMIENTO DE
JORGE BERGOGLIO /
PAPA FRANCISCO**



Editorial de la Universidad Católica Argentina

Gallo, Marco

La política como servicio al bien común en el pensamiento de Jorge Bergoglio-Papa Francisco / Marco Gallo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Educa, 2021.

Libro digital, PDF - (Cuadernos programa formación docente / 2)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-620-525-2

1. Formación Política. 2. Papas. I. Título.

CDD 262.132



**EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA ARGENTINA**

FUNDACIÓN UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
A. M. de Justo 1400 • P.B., Contrafrente • (C1107AAZ)
Tel./Fax 4349-0200 • educa@uca.edu.ar
Buenos Aires, septiembre de 2021

ISBN: 978-987-620-525-2

CAPÍTULO I

LA POLÍTICA COMO SERVICIO AL BIEN COMÚN EN EL PENSAMIENTO DE JORGE BERGOGLIO / PAPA FRANCISCO

Marco Gallo

A través de este cuadernillo queremos analizar el pensamiento de Jorge Mario Bergoglio/papa Francisco, acerca del rol de la política dentro de su programa pastoral a nivel planetario. En este tiempo es importante comprender desde sus raíces cuál es el mensaje que quiere transmitir el pontífice argentino. Hay que conocer las fuentes para expresar juicios, que, por ejemplo, en los medios de comunicación masivos, salen apresurados, sesgados, distorsionados y reduccionistas. Generalmente, no se ama la complejidad, la opinión pública casi prefiere la simplificación. Y la figura del Papa, figura pública y hoy pienso casi única figura moral mundial con autoridad, se presta a continuas conjeturas, interpretaciones, visiones distorsionadas, etcétera. En esta perspectiva quiero presentar la cuestión de la política, del ejercicio de la política en el pensamiento del papa Francisco y antes de Jorge Mario Bergoglio. He dedicado interés y tiempo para la producción del libro antológico *El pensamiento social y político de Bergoglio y papa Francisco*, que abarca más de cuarenta años de reflexión del papa Bergoglio sobre el arte de la política, y quiero partir en este itinerario presentando uno de los últimos documentos del pontífice sobre la política; me refiero al mensaje para la 52° Jornada de la Paz del 1° de enero de 2019, con el sugestivo título: “La buena política está al servicio de la paz”. Justamente, al comienzo del mensaje, el papa Francisco advierte sobre cuál debe ser el rol de la política: “La política es un vehículo fundamental para edificar la ciudadanía y la actividad del hombre, pero cuando aquellos que se dedican a ella no la viven como un servicio a la comu-

nidad humana, puede convertirse en un instrumento de opresión, marginación e incluso de destrucción”. Y se profundiza un concepto a menudo empleado por Bergoglio de la política como servicio de caridad: “En efecto, la función y la responsabilidad política constituyen un desafío permanente para todos los que reciben el mandato de servir a su país, de proteger a cuantos viven en él y de trabajar a fin de crear las condiciones para un futuro digno y justo. La política, si se lleva a cabo en el respeto fundamental de la vida, la libertad y la dignidad de las personas, puede convertirse verdaderamente en una forma eminente de la caridad”. Y sucesivamente, casi de manera inesperada, citando al cardenal vietnamita Van Thuan, presenta las que son las bienaventuranzas de los políticos, acuñadas por el mismo prelado asiático: “Bienaventurado el político que tiene una alta consideración y una profunda conciencia de su papel. Bienaventurado el político cuya persona refleja credibilidad. Bienaventurado el político que trabaja por el bien común y no por su propio interés. Bienaventurado el político que permanece fielmente coherente. Bienaventurado el político que realiza la unidad. Bienaventurado el político que está comprometido en llevar a cabo un cambio radical. Bienaventurado el político que sabe escuchar. Bienaventurado el político que no tiene miedo”.

El pontífice es consciente del progresivo alejamiento de la gente y, sobre todo, de los jóvenes de la política; han bajado los índices de credibilidad y de confianza en el ejercicio de la política, sin duda los graves hechos de corrupción que se registran a menudo en todo el mundo han agudizado el fenómeno del abandono y de la indiferencia. Así reflexiona: “Cuando el ejercicio del poder político apunta únicamente a proteger los intereses de ciertos individuos privilegiados, el futuro está en peligro y los jóvenes pueden sentirse tentados por la desconfianza, porque se ven condenados a quedar al margen de la sociedad, sin la posibilidad de participar en un proyecto para el futuro. En cambio, cuando la política se traduce, concretamente, en un estímulo de los jóvenes talentos y de las vocaciones que quieren realizarse, la paz se propaga en las conciencias y sobre los rostros. Se llega a una confianza dinámica, que significa ‘yo confío en ti y creo contigo’ en la posibilidad de trabajar juntos por el bien común. La política favorece la paz si se realiza, por lo tanto, reconociendo los carismas y las capacidades de cada persona”.

La confianza, para Bergoglio, nace de una relación personal con la gente, con el pueblo, diríamos “en un cuerpo a cuerpo”; esto no significa un populismo desencarnado, sino una popularidad que nace

de una rectitud moral y ética. Y aquí es muy paradigmático lo que el cardenal Bergoglio decía en 2004, en una Jornada de Pastoral Social de la Arquidiócesis de Buenos Aires, sobre la necesidad de redescubrir la política: “Obviamente que ejercer la política, cuando se hace desde esta óptica y con vocación y dedicación, exige testimonio, el testimonio, el martirio, o sea que hay una dimensión martirial de la política, donde uno muere a sí mismo por el bien común. Ahí radica la diferencia entre el mediador y el intermediario. El político es fundamentalmente un mediador que escucha la voz de su pueblo, ve lo viable de las cosas y va mediando, llevando adelante para el bien común; pero en ese mediar se desgasta, muere; el mediador siempre pierde, pierde él en favor del pueblo”. Y estigmatiza cuando el político se reduce a ser un intermediario: “En cambio, el intermediario es aquel que, frente a un conflicto, por ejemplo, saca de acá, saca de este otro lado y trata de pegar la cosa. Es un intermediario, no es un mediador, y gana en función de los conflictos; o sea, el intermediario es el minorista, es el almacenero con la máquina de cortar fiambre, que compro a cuatro, vendo a seis, gano dos. El político no es un intermediario, debe ser un mediador, donde se le va la vida en ese trabajo; de ahí la nobleza”.

Siempre, en el mensaje por la Jornada por la Paz, el papa Francisco subraya cómo la política es un campo abierto a todos, sobre todo en un tiempo como el nuestro, de desconfianza y de resignación: “Cada uno puede aportar su propia piedra para la construcción de la casa común. La auténtica vida política, fundada en el Derecho y en un diálogo leal entre los protagonistas, se renueva con la convicción de que cada mujer, cada hombre y cada generación encierran en sí mismos una promesa que puede liberar nuevas energías relacionales, intelectuales, culturales y espirituales. Una confianza de ese tipo nunca es fácil de realizar porque las relaciones humanas son complejas. En particular, vivimos en estos tiempos en un clima de desconfianza que echa sus raíces en el miedo al otro o al extraño, en la ansiedad de perder beneficios personales y, lamentablemente, se manifiesta también a nivel político, a través de actitudes de clausura o nacionalismos que ponen en cuestión la fraternidad que tanto necesita nuestro mundo globalizado”.

Y luego, el pontífice, recordando el fin del primer conflicto mundial, condena una política insensible a las urgentes necesidades de los migrantes y de los refugiados; una política encerrada en un nacionalismo asustado y replegado sobre sí mismo: “Es la razón por la que reafirmamos que el incremento de la intimidación, así como la

proliferación incontrolada de las armas son contrarios a la moral y a la búsqueda de una verdadera concordia. El terror ejercido sobre las personas más vulnerables contribuye al exilio de poblaciones enteras en busca de una tierra de paz. No son aceptables los discursos políticos que tienden a culpabilizar a los migrantes de todos los males y a privar a los pobres de la esperanza”.

La búsqueda de la paz es también un trabajo arduo que significa la reconstrucción paciente de vínculos sociales desgarrados: “La paz, en efecto, es fruto de un gran proyecto político que se funda en la responsabilidad recíproca y la interdependencia de los seres humanos, pero es también un desafío que exige ser acogido día tras día”. En un libro que reúne las conversaciones televisivas entre él, el rabino Abraham Skorka y el presbiteriano Marcelo Figueroa¹, en relación al poder, e incluso referido al político, dice expresamente: “Si uno no concibe el poder como un don, sino como algo propio que mereció recibir, ahí comienza la desviación. Las desviaciones son como las de los caminos, empiezan poco a poco hasta que se van ensanchando y ya la orientación no es la del don, sino la de mi provecho propio”. Siguiendo su itinerario, podemos ver que ya en 1981 Jorge Bergoglio escribía en el Boletín de Espiritualidad de la Compañía de Jesús, retomando y comentando las reglas ignacianas, cuáles deben ser las virtudes de quien conduce una “institución, no solo religiosa: ser hombre de unidad”. Luego, significativamente, en una nota explicativa, profundiza aquella que puede ser la tentación de quien tiene responsabilidades políticas: “En este punto, la tentación más usual para quien conduce es justificar sus iras y faltas de control, o sus ansiedades, hablando mal a unos de otros. En este caso, es obvia la intención, consciente o inconsciente, de buscar su prestigio o autoridad por encima de la unidad del cuerpo de la institución. Ya no es ‘el mediador’ que aglutina y construye a costa de sí mismo, sino el ‘intermediario’, que lucra para sí”. Desde que fue provincial de la Compañía de Jesús en Argentina, pero podemos presumir que también antes, el pensamiento de Bergoglio se ha orientado a preservar la unidad, con una expresión típica de su magisterio: “[...] la unidad es superior al conflicto”. En efecto, esta idea se remonta a su formación jesuita. En un documento presentado en la apertura de la congregación provincial en febrero de 1974, subraya la importancia

1. Bergoglio, J. M.; Figueroa, M. A.; Skorka, A., *Biblia, diálogo vigente. La fe en tiempos modernos*, Buenos Aires, Ed. Planeta, p. 165.

de la construcción de la unidad de la provincia, dejando a un lado las “contradicciones estériles intraeclesiales para poder enrolos en una real estrategia apostólica que visualice al enemigo y una nuestras fuerzas frente a él”. En esta perspectiva, vuelve a ofrecer aquello que es su “*life motiv*”, usado frecuentemente también en la reflexión sobre la acción política. Existe un bien común que no debe ser sacrificado en aras de intereses particulares, corporativos o de clase social. Dice significativamente con relación a la acción apostólica de su familia religiosa: “Por eso, nuestros proyectos liberadores más auténticos privilegiarán la unidad al conflicto, porque habrán advertido que el enemigo divide para reinar. Porque es un proyecto de nación lo que está en juego, y no la acomodación de una clase”. Apela, en tiempos de turbulencias y de ir a la deriva, hacia una politización del compromiso evangélico, a una “unidad de ejecución”, orientándose hacia esos criterios que permanecerán faros de su pensamiento político y social: “[...] los grandes criterios para conducir los procesos –y esto lo afirma en 1974–: la unidad es superior al conflicto, el todo es superior a la parte, el tiempo es superior al espacio (y la realidad es más importante que la idea), son los que han de inspirar nuestro trabajo”.

Estos conceptos básicos de la concepción bergogliana ayudan a comprender su filosofía de fondo: la cultura del encuentro. Pero esta cultura del encuentro nace sobre todo de cultivar asiduamente la memoria histórica. Ha destacado agudamente Andrea Riccardi²: “[...] para Bergoglio, buscar lo que une y dejar a un lado lo que divide –como enseñaba Juan XXIII– es un camino troncal para realizar un encuentro verdadero”. En una reflexión, dirigida a religiosos en 1982 hablando del pecado y de la falta de esperanza, Bergoglio vuelve al tema de la paciencia y la necesidad de tiempos largos para la maduración de los acontecimientos. Toma el ejemplo de David, que en la impaciencia desintegra la esperanza. Comenta Bergoglio: “Cuando David decide hacer el censo (2 *Sam* 24) en el fondo lo que hace es reemplazar la esperanza por la constatación empírica. Porque una cosa es medir las fuerzas para actuar sensatamente luego (cfr. *Lc* 14, 28-32), y otra cosa es medirlas para despertar la vanagloria. David –observa Bergoglio– ‘reduce la salvación a su propio poder’; ‘reduce su misión a las dimensiones de un proyecto pura-

2. Riccardi, A., cfr. *La sorpresa di Papa Francesco*, ob. cit. versión en castellano, Riccardi, A., *La sorpresa del papa Francisco*, Buenos Aires, Agape, 2014.

mente temporal'; 'reduce los objetivos de la liberación de su pueblo a una perspectiva antropocéntrica'; 'la salvación a un bienestar material'; 'su actividad a iniciativas de orden político o social' (EN 32). Probablemente envanecido por su poder, olvidado de sus pecados, cae en la actitud de 'sacrificar la liberación que Dios quería para su pueblo a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo'" (*Evangelii Nuntiandi* 33)... Bergoglio afirma: "[...] porque también nosotros, como hombres de estos tiempos, podemos desencadenar más rupturas y divisiones que comunión y comunicación; más opresión y dominación que respeto de los derechos individuales y colectivos en una real fraternidad, porque también nosotros mismos tenemos parte en la ceguera y en la injusticia". Son palabras fuertes y dirigidas a un auditorio religioso que corre el riesgo de perder la conciencia de una responsabilidad pastoral, en un sentido mezquino del propio pequeño poder clerical. En esta oportunidad, vuelve la preocupación por no quedar atados a lo contingente, por la sabiduría y el sano discernimiento, virtudes de las que también el líder político debe saber hacer uso. Concluye el futuro papa Francisco: "[...] la conducción del pueblo fiel de Dios nos pide que a veces renunciemos a la urgencia de las respuestas y recordemos que lo propio del sabio es también el silencio. Renuncia al ataque y a la defensa inmediata".

La desintegración social ha sido una constante de la situación coyuntural argentina, sobre todo en los años que preceden a la dictadura militar, entre 1972 y 1973, pero también sucesivamente, durante todos los años setenta. En julio de 1976, un grupo de religiosos y seminaristas palotinos son brutalmente asesinados por fuerzas paramilitares y el entonces provincial de los jesuitas se detuvo a reflexionar sobre este dramático asesinato, en la revista *CIAS*, especializada en ciencias sociales de la Compañía de Jesús. Bergoglio quiere llamar la atención sobre una sociedad anestesiada, en la que la división entre ideologías políticas extremistas provocaba el sacrificio de quienes, como estos religiosos, habían trabajado "con transparencia evangélica" por el bienestar espiritual de los fieles. "Su muerte gratuita –reflexiona el provincial jesuita– debe ser asumida por todos nosotros como la palabra más elocuente que han querido y podido dirigirnos. En ella llega a su cima el proceso morboso que transitamos con anestesiada irresponsabilidad. La palabra de su muerte nos revela el sentido paroxismal de la enfermedad que carcome nuestras entrañas sociales. Estamos divididos porque nuestra adhesión a los hombres se ha visto sustituida por la adhesión a los sistemas e ideo-

logías. Hemos perdido el sentido del hombre y del pueblo concreto con todas sus experiencias históricas y sus aspiraciones más claras para escuchar tan solo el reclamo de coherencias sistémicas que pretenden manejar a los hombres conforme a sus exigencias. El hombre que es origen, sujeto y fin de todas las instituciones ha quedado absorbido por ellas y se ha visto manipulado por ellas”.

Contra esta disgregación y laceración humana y social, Bergoglio, en un sucesivo artículo de la misma revista *CIAS*, traza la historia de la Compañía de Jesús en Argentina, con la intención de indicar cómo la misma historia de la congregación quiso manifestar, con sinuosidades más o menos pronunciadas, en los diferentes escenarios históricos, la superioridad de la unidad por sobre los conflictos. En tal sentido, Bergoglio comenta: “La historia que harían los jesuitas estaría sellada por una unidad plasmadora de síntesis conflictivas. Unir reduciendo es relativamente fácil, aunque no muy duradero. Lo difícil es elaborar la unidad que no anula lo diverso, que no reduce el conflicto; y con esta unidad la Compañía marcó su tarea evangelizadora. Optó por el indio, por el proyecto viable de justicia, pero no descuidó la educación de los españoles y criollos de las ciudades. Trajo a estas tierras la predilección española por el arte barroco, pero logró con los americanos –que al decir de Carpentier eran ya barrocos aun en su geografía– un arte que, reconociendo su origen español, se identifica también en su originalidad americana”.

En definitiva, lo que el provincial de los jesuitas quiere subrayar es que la fidelidad unida a una memoria histórica mixta, con un coraje clarividente, ayuda siempre a procesos históricos de unidad. En la revista *Stromata* de enero/julio de 1989, se publica su lección inaugural del curso académico de ese año en las Facultades de Filosofía y Teología de la Universidad de El Salvador en San Miguel. El título de la conferencia fue: “Necesidad de una antropología política: un problema pastoral”. El padre jesuita advierte sobre la necesidad de conducir a la política como un instrumento de pacificación y de mediación. En tal sentido, ella debe ser útil para construir un horizonte de intereses comunes. Es interesante destacar que dicha publicación se ubica en un momento de difícil paso entre la presidencia del radical Raúl Alfonsín, expresión de una nueva forma democrática de la conducción del Estado después de la dictadura, y la llegada al poder de Carlos Menem, de origen peronista. La fuerte conflictualidad política y social de esos meses impulsa al religioso jesuita a formular críticas sobre la escasa cultura política de sus conciudadanos y sobre la falta de una reflexión serena por parte de la misma

opinión pública que no tiene una actitud de análisis y de búsqueda de acuerdos políticos practicables, evidenciando negativamente el cortoplacismo de los políticos. Afirmar Bergoglio: “[...] una realidad esquizofrénica, dividida entre actitud política y cultura política, puede solamente encontrar solución en la recuperación de la fuerza del hecho político en toda su amplitud. Eso implica la voluntad de garantizar también la unidad política, amenazada por la discordia y por la enemistad, internas”.

Bergoglio tiene claro lo importante que es consolidar los lazos y los vínculos sociales y hasta qué punto la acción política debe tener siempre presente, y al mismo tiempo, el interés colectivo y el de la persona humana; en este delicado equilibrio la política puede expresar lo mejor de sí misma. Observa el futuro papa Francisco: “Recuperar la validez de la política es recuperar el horizonte de síntesis y de unidad de una comunidad: horizonte de una armonización de intereses, de organización de la racionalidad política para dirimir conflictos; horizonte estratégico de acuerdo en lo esencial, de convicción de que nuestra identidad y seguridad personal, familiar y sectorial es frágil e impredecible sin el marco superior de la política”.

A continuación, entra a analizar la crisis de la posmodernidad y sus relaciones con el poder: dando un gran espacio al dominio de la técnica, la política deja lugar –en opinión de Bergoglio– a mesianismos profanos sin objetivos trascendentes y tal elección reemplaza a la ética con un “moralismo inmanente”. Aquí emergen las raíces comunes de las críticas futuras al “paradigma tecnocrático” que lanzará en la encíclica *Laudato si’*. “En la lucha por el poder ilimitado (posibilidad de la técnica), la política recurre a falsos mesianismos (actitud ante el fin); y el exceso del poder técnico (poder hacer y poder sobre las cosas) no permite que pueda ser gestionado por la política (poder vivir, poder sobre el poder) y eso causa inseguridad y malestar. La política de los mesianismos profanos, en el momento en que no busca fines trascendentes, revela su apetito de poder técnico o de poder por el poder. Además, este mesianismo afecta la ética substituyéndola con un moralismo inmanente”.

La reducción o la desaparición casi total de la ética en la acción política cambian la naturaleza misma de la política que llega a identificarse con una persona sola. Bergoglio advierte los peligros de una política que pone los fines en sí misma, en la cual la persona humana se transforma en un mero usuario de conveniencias y de intercambios. Bergoglio estigmatiza también al nominalismo político y advierte del siguiente modo: “[...] los nominalismos políti-

cos son los que no pueden pasar desapercibidos en una coyuntura política: existencialmente tienen necesidad de hacer declaraciones circunstanciales; reducen la política a la retórica. Optan por adentrarse en análisis coyunturales más que trascender en la captación de los signos de los tiempos”. El político es también el hombre de las visiones, aquel que sabe percibir los tiempos en los que se vive y propone soluciones que puedan conciliarse con los anhelos de la gente y los espacios de acción practicable. Bergoglio está convencido de que la política es una construcción paciente, que abarca la transmisión de valores humanos, éticos, para el mejoramiento de la estabilidad de una sociedad democrática. En el libro escrito con el rabino Abraham Skorka³, conversando sobre el tema de la política, Bergoglio afirma: “Todos somos animales políticos, en el sentido mayúsculo de la palabra política. Todos estamos llamados a una acción política de construcción en nuestro pueblo. La predicación de los valores humanos, religiosos, tiene una connotación política. Nos guste o no, la tiene. El desafío de quien predica está en el marcar esos valores sin inmiscuirse en la pequeña cosita de la política partidaria”. Y pone el ejemplo de las palabras que él mismo ha pronunciado en la homilía después del incendio en la discoteca Cromañón en diciembre 2004, donde murieron asfixiados casi doscientos jóvenes. Recuerda el entonces cardenal: “Cuando dije, el día del aniversario de Cromañón, que Buenos Aires era una ciudad vanidosa, casquivana y coimera, alguno exigió que señalara con nombre y apellido, pero ahí estaba hablando de toda la ciudad. Todos tenemos la tendencia a ser coimeros”. Esta alta concepción de la política, en la que en el centro debe estar siempre el respeto y la dignidad de la persona humana, ha sido distintas veces manipulada. Incluso, en alguna oportunidad, han caratulado al cardenal como “el jefe de la oposición política”.

De este modo explica el sentido de sus palabras: “[...] en esa homilía estaba hablando de un defecto de la ciudad, no estaba haciendo política partidista. El problema es, en verdad, de los medios, que a veces reducen lo que uno dice a lo coyuntural [...] lo que uno dice en el púlpito refiere a la política con mayúscula, a la de los valores; pero los medios, con frecuencia, suelen sacarlo de contexto y coyunturalizarlo en provecho de la pequeña política”. En el

3. Bergoglio, J.; Skorka, A., *Sobre el cielo y la tierra*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2010, p. 132.

mismo libro de las conversaciones con Skorka⁴, el cardenal Bergoglio puntualiza de manera clara cuál debe ser la posición de la Iglesia frente a las elecciones políticas: nunca una elección partidaria, sino una elección que nace del conocimiento de los distintos proyectos y de las plataformas políticas; la Iglesia como punto de referencia para muchas personas, no puede hacer nunca una elección partidaria. Dice en tal sentido Bergoglio: “[...] reconozco que es difícil abstraerse del clima electoral cuando se acercan los comicios, sobre todo cuando algunos vienen a golpear la puerta del Arzobispado para decir que son los mejores. Como cura, frente a una elección, mando a leer las plataformas para que los fieles elijan. En el púlpito me cuido bastante, me ciño a pedir que busquen los valores, nada más”. En el discurso mencionado de apertura en San Miguel de 1989, el futuro papa Francisco indica la centralidad de la solidaridad como actitud que valoriza las relaciones humanas dentro de una sociedad en transformación: “[...] como ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos logren la unidad multiforme que genera vida”. El religioso jesuita da un impulso para reforzar los vínculos sociales y concebir una política que no puede limitarse solo a una reforma de las estructuras, sino que debe animar a los hombres al encuentro y al diálogo. La cultura del encuentro es la cultura política que permitirá la estabilidad de una sociedad dentro de un desarrollo democrático y ordenado. “El hecho particular político –concluye Bergoglio– no cobra sentido ni se hace planteo pastoral en la urgencia de reforma de estructuras, sino en la invitación a la concordia o amistad política, la cual solamente puede desarrollarse arraigada en la actitud libre de la solidaridad y que no responde sino a la aspiración del encuentro con el único Bien que une a los hombres entre sí”. La apelación a la trascendencia es la garantía de una búsqueda del bien común que tiene las raíces evangélicas; en esta perspectiva se comprende mejor cuando habla de la política como el más alto servicio de la caridad. Para el cardenal Bergoglio, la vocación política es una noble vocación. Cuando en el año 2001 detona la crisis social y política que llevará a la Argentina a la quiebra financiera y a un alto grado de conflictos sociales, con la consecuente renuncia del presidente Fernando de la Rúa, el arzobispo de Buenos Aires, concluyendo las jornadas arquidiocesanas de pastoral social, retoma aquel discurso iniciado en 1989 en el cual revaloriza la política como instrumento para mejo-

4. Bergoglio, J.; Skorka, A., *Sobre el cielo y la tierra*, ob. cit., p. 135.

rar el bienestar social del país. “La política es una vocación –dice Bergoglio–, una vocación casi sagrada, porque significa promover el crecimiento del bien común”. Pero no se puede usar la política con el fin de encubrir crisis contingentes. Son necesarias políticas de largo plazo, de amplio alcance, creativas, que sepan confrontarse con las ideas y las acciones tendientes a la creación del bien común, que es el verdadero protagonista, desaparecido como consecuencia de una mentalidad atomizada e individualista. El Estado, según la concepción bergogliana, debe hacerse cargo de la promoción de políticas de asistencia social, sobre todo frente a la crisis que se manifiesta en el país al comienzo del siglo XXI. De aquí nace la idea del “diálogo nacional”, y Bergoglio está, sin dudas, entre los inspiradores: facilitar el encuentro de los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones de la sociedad civil, los movimientos religiosos, las corporaciones profesionales, para discutir y reconstruir mancomunadamente estos vínculos de amistad social y política que la crisis ha profundamente rasgado, llevando a una peligrosa disgregación del tejido social y económico del país. Pero aun más, el prelado jesuita propone que la política se aleje de lo meramente contingente y esto significa que el Estado asuma sus responsabilidades. Una de ellas son las políticas de asistencia social, que deben ser permanentes y no solo ligadas a los momentos de crisis. En este encuentro de pastoral social Bergoglio se expresa claramente: “Remarco que la política no sirve solo para administrar y gestionar las crisis. Eso puede ser cierto momentáneamente pasa salir de la crisis. Pero no puede limitarse a ordenar crisis; como si dijéramos: ‘Bien, ya tranquilizamos el ambiente, ahora descansenmos’. Creatividad, fecundidad. Esa frase: ‘la política no sirve para administrar la crisis’ grabémosla bien en el corazón. A veces tenemos que apagar un incendio, pero la vocación del político no es ser un bombero. La política sirve para crear, para fecundar. En esta situación, uniendo lo político con lo social, quiero subrayar un problema que me está preocupando y que puede ser una tentación ante la crisis social. Que la gestión de la crisis conduzca al Estado a renunciar a su responsabilidad en la promoción y en la asistencia social. Es deshumano privatizar la promoción social y la asistencia social. En este sentido, el Estado debe asumir un rol de animador, integrador, responsable, auditor, delegado, pero no puede declinar esa responsabilidad que le es entregada por vocación propia: custodiar el bien común del pueblo”.

Cuando en 2004 el cardenal Bergoglio, en el seno de los cursos de formación política organizados por la comisión de pastoral social

de la Arquidiócesis, pronuncia una lección sobre la rehabilitación de la política, ha visiblemente cambiado el cuadro de referencia respecto a 1989, por encontrarnos en una fase histórica diversa. De hecho, después de la crisis de 2001, la presidencia de Néstor Kirchner ha rescatado la figura presidencial, desacreditada después de la renuncia de De la Rúa. Sin embargo, por otra por parte, han crecido las dificultades para definir un real diálogo democrático y además la política, en cuanto tal, se encuentra condicionada por los procesos de globalización y es cada vez más rehén de la financiación mundial, obligada, por acción u omisión, a negociar espacios de poder con los grupos criminales de las mafias y del comercio de estupefacientes. De este fenómeno el prelado argentino es consciente y quiere transmitir a los presentes tales preocupaciones: “Hay una cosa también a tener en cuenta –observa Bergoglio– en el momento histórico que vivimos: ser político en el momento actual es muy difícil porque la unidad política, el Estado - Nación, ve disminuidas sus capacidades y los gobernantes parecen rehenes de fuerzas que no controlan, los centros de decisión parecen alejarse y perderse en el anonimato. O sea, hay que ser consciente de que, en este mundo globalizado, el campo de movimiento, de gambeta, que tiene un político, está mucho más disminuido porque la decisión no la tiene en el seno del organismo político en el que está inserto (legislativo, judicial o ejecutivo) y con el que le corresponde tener la confrontación, sino que, a veces, las decisiones las tiene muy lejos”. En este contexto, Bergoglio vuelve a afirmar la necesidad de construir una cultura política: muchas veces se cae en una estética de la política, afirma, en una “espectacularización” de la política y todos estos procesos dañan y debilitan la existencia de los partidos que son los canales naturales en los que los ciudadanos expresan su participación en la vida democrática. En el pensamiento de Bergoglio es clara la inquietud por un crecimiento de la partidocracia, es decir, del partido visto como mero instrumento de poder y no como canal para mediar los procesos que favorezcan la preocupación alrededor del bien común. El futuro papa Francisco critica el “internismo” de los partidos, que se basa esencialmente en la búsqueda espasmódica de espacios únicamente de ocupación del poder dentro de un equipo político y que no tienen nada que ver con un amplio y genuino debate de ideas y proyectos diversos. “Se trata –observa el cardenal jesuita– de una invitación a redescubrir la política, a restituírle el alma que la partidocracia le ha quitado. Es decir, los partidos políticos son instrumentos y en un sistema de partidos políticos, que son necesarios, son instrumentos

para llevar adelante la política a través de las ideas, los puntos de vista, las cosmovisiones distintas. Cuando eso se empieza a enfermar, o a confundir, o qué se yo, los instrumentos se declaran independientes, se declaran medios con identidad propia, se hipostasian, y se pasa del partido político a la partidocracia y entonces las organizaciones, que son para el servicio, pierden la dimensión de trascendencia a los otros, a la comunidad, la dimensión de servicio, y se vuelven sobre sí mismos. Este hecho es lo que origina el fenómeno de las ‘internas’”. Bergoglio arremete contra el nominalismo político y contra un “sincretismo conciliador”, típico de una cierta demagogia política. Dice, en este sentido: “El sincretismo se considera a sí mismo como un valor –curioso, se autobautiza como valor– y su tesis sería: cada hombre tiene su verdad y cada hombre tiene su derecho, basta con que se guarde el equilibrio y se pongan de acuerdo [...] el sincretismo conciliador es una forma larvada de totalitarismo: es el totalitarismo de lo relativo, el totalitarismo de quien concilia prescindiendo de los valores que trascienden”. El político debe tener capacidad de guía, ser creativo y tener amplias visiones; debe ser capaz de mediaciones y no de ajustes geométricos; no debe ser personalista, sino tener la actitud de poner en el centro de su acción política a la persona humana. En el año 2007, el cardenal porteño interviene nuevamente en la Semana Social organizada por la Comisión Episcopal de Pastoral Social en Mar del Plata, acerca del tema del desafío de ser ciudadano. Para Bergoglio, es esencial que crezca en la sociedad civil el sentimiento de pertenencia a un pueblo; adquirir la conciencia de no ser un simple “habitante” sino un ciudadano. Y un ciudadano, comenta el prelado, “debe vivir necesariamente con utopías por el bien común”. En este contexto vuelve a estigmatizar a aquella acción política que privilegia “los espacios de poder” sobre los “tiempos de los procesos”. De este modo se puede sintetizar el paso de habitante a ciudadano: “[...] de habitantes a ciudadanos: tenemos que andar el camino de ‘consorcistas a vecinos’. Diría que la vecindad es el primer paso local de la amistad social. En esta perspectiva, la reflexión sobre el ciudadano, la reflexión existencial y ética, culmina siempre en vocación política. ¡Claro!, si el ciudadano es alguien que está citado para el bien común ya está haciendo política que es una forma alta de la caridad, según los documentos pontificios. El desafío de ser ciudadano, además de ser un hecho antropológico, se encuadra en el marco de lo político. Porque se trata del dinamismo de la bondad que se despliega hacia la amistad social. El desafío de la bondad que se va desplegando hacia la amistad

social”. En la Universidad del Salvador, en junio de 2010, interviniendo en el tema del consenso por el desarrollo, el futuro papa Francisco aprovecha la oportunidad para volver sobre temas que a él particularmente le interesan y expone algunas reflexiones sobre la solidaridad y sobre el desarrollo. Una política de consensos es la más aconsejable frente al riesgo inherente de una ruptura colectiva de la sociedad, con la urgencia de políticas públicas que apuntan a un verdadero desarrollo del país. Es importante remarcar que esta política del encuentro es muy frecuente en el pensamiento del cardenal argentino: “[...] Es indispensable procurar consensos fundamentales que se conviertan en referencias constantes para la vida de la Nación, y puedan subsistir más allá de los cambios de gobierno [...] instalarlas requiere la participación y el compromiso de los ciudadanos, ya que se trata de decisiones que no deben ser impuestas por un grupo, sino asumidas por cada uno, mediante el camino del diálogo sincero [...]”. En este documento también se entrevisté la concepción de la política como el arte de lo posible, como obra sabia y paciente en la construcción permanente de puentes entre grupos diversos que expresan concepciones políticas diferentes. Asimismo, en la última homilía del Te Deum de 2012, pronunciada siendo aun cardenal, Bergoglio afirma que el amor evangélico puede ayudar a la construcción del bien común, un amor que impulsa a la búsqueda de un lenguaje común y ayuda a crecer en una conciencia cívica que no rechaza ni haga a un lado a las que hoy son las generaciones más marginadas de la sociedad: los ancianos y los niños. En esta perspectiva hay otras intervenciones del papa Francisco que rescatamos para subrayar su concepción de la política. La primera, en el contexto de su viaje pastoral a Brasil, en ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud en julio de 2013, cuando dirige un discurso a la clase dirigente brasileña. Reconoce a la cultura brasileña la capacidad de fundir en una bella síntesis elementos diversos. Vuelve luego al concepto de rehabilitar la política pidiendo a quien tiene responsabilidad de gobierno una creatividad unida a una dinámica de esperanza. El futuro del país, según la opinión del papa Francisco, tiene grandes perspectivas, pero en la medida en que amplíe la participación popular y desarrolle un humanismo integral: “El futuro exige hoy la tarea de rehabilitar la política [...], rehabilitar la política, que es una de las formas más altas de la caridad. El futuro nos exige también una visión humanista de la economía y una política que logre cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza. Que a nadie le falte lo necesario y que se asegure a

todos dignidad, fraternidad y solidaridad: éste es el camino propuesto”.

Y sugiere una vez más la cultura del diálogo como clave del desarrollo, en un país que, en los días previos a su llegada, ha sido sacudido por fuertes protestas sociales: “Entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad. Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación, cuando dialogan. Es imposible imaginar un futuro para la sociedad sin una incisiva contribución de energías morales en una democracia que se quede encerrada en la pura lógica o en el mero equilibrio de la representación de intereses establecidos”. En una segunda intervención, a comienzos de su pontificado, el papa Francisco se dirige al mundo de los trabajadores en Cerdeña, en la ciudad de Cagliari, en 2013, sofocada por una fuerte desocupación juvenil, a raíz de una crisis económica que no permite vislumbrar perspectivas de trabajo a corto plazo. En esa oportunidad, el pontífice se sumerge en la problemática de la dignidad del trabajo, recordando cuando en su infancia, a través de su familia de inmigrantes, escuchaba narraciones sobre el sufrimiento por la falta de un lugar de trabajo o cuando uno se quedaba desocupado. Esta capacidad de empatía con la situación de los desocupados cagliaritanos le permite decir con fuerza: “Aquí, en esta segunda ciudad, isla que visito (la primera había sido al comienzo del mismo mes de julio, en Lampedusa, en contacto con el drama de los inmigrantes), también aquí encuentro sufrimiento. Un sufrimiento que uno de ustedes ha dicho que ‘te debilita y acaba por robarte la esperanza’. Un sufrimiento –la falta de trabajo– que te lleva –perdonadme si soy un poco fuerte, pero digo la verdad– a sentirte sin dignidad. Donde no hay trabajo, falta la dignidad. Y esto no es un problema sólo de Cerdeña –pero es fuerte aquí–, no es un problema sólo de Italia o de algunos países de Europa, es la consecuencia de una elección mundial, de un sistema económico que lleva a esta tragedia; un sistema económico que tiene en el centro un ídolo, que se llama dinero”.

No es claramente la primera vez que el papa Francisco truena contra la cultura materialista e idólatra de una sociedad que no pone en el centro de las propias preocupaciones la dignidad de la persona humana, sino que la considera un mero engranaje dentro de

un sistema globalizado perverso de acumulación de riquezas que, además, desfigura el rostro del hombre. El trabajo digno y justamente remunerado es el nivel pedido por el pontífice, memorioso de situaciones análogas vividas en Buenos Aires, cuando denunciaba el trabajo en negro y mal pago desarrollado en los talleres clandestinos por los inmigrantes bolivianos, rehenes de mafias y de organizaciones criminales. En muchas ocasiones, la exclusión social nace de la pérdida del puesto de trabajo y en una sociedad cada vez más competitiva el desocupado entra –en el pensamiento de Bergoglio– a formar parte del mundo de los desechos, a los que define como “los descartados” de la sociedad. Así se expresa frente a los obreros y dirigentes de las acerías de Terni en marzo de 2014, evocando nuevamente este sistema económico perverso de acumulación: también en esta oportunidad resuenan las palabras usadas en Buenos Aires, como, por ejemplo, cuando era arzobispo y hablaba a las muchedumbres numerosas en el Santuario de San Cayetano, patrono del pan y del trabajo, invitando a los responsables de la política a preservar la dignidad del trabajo. Es un llamado a la solidaridad y a la creatividad de la política, pero que requiere también un estilo de vida más sobrio y austero de parte de toda la sociedad: “Por lo tanto, los diversos entes políticos, sociales y económicos están llamados a favorecer un planteamiento distinto, basado en la justicia y en la solidaridad. Esta palabra, en este momento, corre el riesgo de ser excluida del diccionario. Solidaridad: parece como una palabra fea. ¡No! La solidaridad es importante, pero este sistema no la quiere, prefiere excluirla. Esta solidaridad humana que asegura a todos la posibilidad de desempeñar una actividad laboral digna. El trabajo es un bien de todos, que debe estar al alcance de todos. La fase de grave dificultad y desocupación se debe afrontar con los instrumentos de la creatividad y la solidaridad [...] Y la solidaridad entre todos los componentes de la sociedad, que renuncian a algo, adoptan un estilo de vida más sobrio, para ayudar a quienes se encuentran en una condición de necesidad”.

La política, para Bergoglio, obispo de Buenos Aires, y para Francisco, obispo de Roma, puede delinearse como el arte de la mediación, de la capacidad de dominar los procesos históricos, no de manera contingente sino a largo plazo, sin la obsesión de obtener rápidamente los resultados, más en la paciencia y en el conocimiento inteligente de saber discernir las situaciones y no obrar según elecciones drásticas y unilaterales, en la conciencia de que construir el bien común es un proceso complejo que requiere de la participación

activa de todos los componentes de la sociedad. Como ha señalado Andrea Riccardi, Jorge Bergoglio no es un político en el sentido estricto del término, pero es cierto que, primero en la curia de Buenos Aires y hoy en Santa Marta, recibe la visita de muchos políticos, argentinos y de otras proveniencias, del más variado arco partidario. Era y ha sido un referente importante de la vida política. “Bergoglio –anota Riccardi– hace política desde el altar [...] No defendía los intereses católicos sino que señalaba el deterioro de la sociedad argentina. Y también, como pontífice, ha actuado con gran firmeza en la cuestión siriana”⁵.

Su visión política es profundamente inclusiva y se nutre de una paciencia geológica, alejada de lo inmediato y de una lógica coyuntural, favorable a un maduro desarrollo de los procesos históricos que permitan nuevas aperturas permanentes.

El espacio de la política en la encíclica *Fratelli tutti*

En la encíclica *Fratelli tutti*, de octubre de 2020, el papa Francisco de alguna manera resume diversos conceptos ya vertidos en diferentes documentos, mensajes y discursos. Podríamos decir que hay una cierta sistematización y un capítulo entero, el quinto, de la encíclica, que está dedicado a la política.

“La mejor política”, tal es el título de ese capítulo, retoma el precedente mensaje por la Jornada Mundial por la Paz de 2019, ya analizado en esta exposición.

El pontífice inicia su diagnóstico a partir de la definición de “pueblo” y de “populismo”. El intento de encontrar una clave de lectura en el populismo pone en crisis la concepción de democracia, que significa “poder del pueblo”.

Si se quiere pensar en un proyecto a largo plazo, las formas políticas de populismo no responden a esta exigencia. Las propuestas populistas son a menudo orientadas hacia el corto plazo y se manifiestan a beneficio de grupos reducidos, no tienen la amplitud de un sueño colectivo.

El pontífice busca delinear los rasgos fundamentales del ejercicio de la política y los lineamientos del político. Introduce, además,

5. Cfr. Coord. Caracciolo, L.; Maronta, F., *Il primo papa della globalizzazione*, conversación con Andrea Riccardi en *Revista Limes*, n. 3, marzo 2014, p. 695.

dos conceptos de alguna manera nuevos: la caridad política y el amor político.

El amor político, según la visión bergogliana, es capaz de escuchar al otro, renunciando a proyectos que puedan dinamitar la estabilidad de un gobierno. Hay una orientación clara en la búsqueda de convergencias que faciliten un diálogo político. La política es el arte para hallar, a través de la “cultura del encuentro”, mediaciones en pos de favorecer un camino donde la mayoría de una facción no signifique el dominio absoluto de un pensamiento único. La figura del poliedro es aquella ideal que elige el pontífice para describir una condición ideal del quehacer político: “[...] con renuncias y paciencia un gobernante puede ayudar a crear ese hermoso poliedro donde todos encuentran un lugar. En esto no funcionan las negociaciones de tipo económico. Es algo más, es un intercambio de ofrendas en favor del bien común. Parece una utopía ingenua, pero no podemos renunciar a este altísimo objetivo”.

La política debe ser lejana de cualquier forma de fundamentalismo, de actitudes que favorezcan la fragmentación social y, en consecuencia, dificulten acuerdos políticos.

Aquí hay un pasaje importante que merece ser destacado. El papa Francisco habla del político no como una entidad abstracta, sino como un hombre, un ser humano y, como tal, “está llamado a vivir el amor en sus relaciones interpersonales cotidianas”. Aquí el pontífice subraya el actual anonimato en que ha caído el ser humano; parece haberse quedado en un número, un fenómeno sociológico y no una persona, con su historia, con sus sufrimientos, con sus angustias. Habla de practicar una política con ternura, es decir, el político debe recorrer el camino de la humildad, retomando un discurso pronunciado a los jóvenes canadienses en abril de 2017: “Permitidme decirlo claramente: cuanto más poderoso eres, cuanto más repercuten tus acciones en la gente, más estás llamado a ser humilde. Porque, de lo contrario, el poder te arruina y tú arruinarás a los demás. En Argentina se decía que el poder es como la ginebra bebida con el estómago vacío: hace que te dé vueltas la cabeza, te emborrachas, pierdes el equilibrio y te lleva a hacerte daño o a hacérselo a los otros, si no lo juntas con la humildad y la ternura. Con la humildad y el amor concreto, en cambio, el poder —el más alto, el más fuerte— se convierte en servicio y difunde el bien”.

Otro concepto clarificador sobre el ejercicio de la política es la falta de protagonismo político, mejor dicho, de “personalismo político”; una acción política no debe agotarse en aquel que la ha

promovido, sino que debe ser claro, para el promotor, que el mismo no verá los frutos ya, y que la política es un proceso que tiene etapas y no es necesario poner el propio sello definitivo y único a este itinerario. Aquí es necesario dar espacio a la humildad y a la paciencia. Cito: “Por otra parte, una gran nobleza es ser capaz de desatar procesos cuyos frutos serán recogidos por otros, con la esperanza puesta en las fuerzas secretas del bien que se siembra”. “La buena política –afirma el Papa– une al amor la esperanza, la confianza en las reservas de bien que hay en el corazón del pueblo, a pesar de todo”. El papa Francisco no aprueba una política donde domina el *marketing* o el maquillaje mediático. En esta dimensión, la política adquiere, a menudo, una medida confrontativa, donde el adversario político se transforma en enemigo, que debe ser aniquilado. Una política huérfana de valores y del debate de ideas. Una política rehén de antiguas polarizaciones ideológicas, cada vez más lejana de las necesidades de las personas, privada de una ética en las actitudes. En fin, una política reducida a “ocupar espacios de poder”, que es premisa a fáciles totalitarismos o democraduras. Una concepción de la política fija, estancada, que no contempla la idea del proceso, de un itinerario por etapas, que pueda llegar a una maduración que favorezca una mayor estabilidad y políticas de estado compartidas.

La concepción del papa Francisco no cree en el inmediatismo político, en fórmulas marquetineras de la política si no se auspician políticas de largo plazo y se delinea la figura de un político que invierte sus esfuerzos para garantizar estabilidad, honesta distribución de los recursos, en vez de enfocarse en las preocupaciones de las encuestas y de los sondeos sobre su persona. En esto parece vislumbrarse una concepción de la política comunitaria, donde pierda fuerza el nominalismo y el personalismo político. Aquí hay un nuevo espacio de la política para grupos y componentes de la sociedad civil que puedan sustituir paulatinamente a “los profesionales” de la política.

Motivaciones éticas y de deseo de transformación de las sociedades hacia un mayor igualitarismo ha percibido el papa Francisco entre los anhelos de las nuevas generaciones; en esta perspectiva se puede leer la reciente iniciativa de promover a nivel global escuelas de formación política para las nuevas generaciones. No son escuelas que nacen dentro de una formación partidista, o de una posición ideológica, sino que tienen su origen en esta concepción alta de la política como “servicio de alta caridad” y de compromiso para la promoción del bien común.

La política inmediatesta, de corto plazo, orientada solamente a beneficio de algunos grupos, que se preocupa de ocupar y mantener espacios de poder, se aleja completamente de las que deben ser sus prioridades: ayudar y mejorar las condiciones de vida de los más pobres. La política, para ser efectiva, debe partir de los más pobres, de sus genuinas necesidades de integración en la sociedad. Refiriéndose a esta escasa capacidad de integración por parte de las clases políticas latinoamericanas, el papa Francisco ha dirigido un discurso a los participantes de un seminario, “América Latina: Iglesia, papa Francisco y escenarios de la pandemia”, en noviembre de 2020. La política, advierte el pontífice, no puede avanzar en las sociedades en el desprestigio del otro, en la creación de divisiones postizas, que puedan favorecer a uno u otro bando político. La rehabilitación de la política pasa para las actitudes generosas de los mismos políticos; aquí retumba aquella concepción querida al papa Francisco, que ve al político como un mediador y no como un intermediario de servicios. Las divisiones y el aniquilamiento del adversario político comportan al final las pérdidas permanentes de oportunidades para los más pobres, que tendrían que ser los primeros destinatarios de una política sabia e igualitaria, sobre todo en tiempos de pandemia, donde las crisis sociales y económicas se han agudizado mayormente.

Aquí, las afirmaciones del papa Francisco: “[...] Y esto nos pide a todos aquellos que tenemos una función de liderazgo, aprender el arte del encuentro y no propiciar ni avalar o utilizar mecanismos que hagan de la grave crisis una herramienta de carácter electoral o social. La profundidad de la crisis reclama proporcionalmente la altura de la clase política dirigente capaz de levantar la mirada y dirigir y orientar las legítimas diferencias en la búsqueda de soluciones viables para nuestros pueblos. El desprestigio del otro lo único que logra es dinamitar la posibilidad de encontrar acuerdos que ayuden a aliviar en nuestras comunidades, pero principalmente a los más excluidos, los efectos de la pandemia. Y nosotros tenemos en América Latina, no sé en todo, pero en gran parte de América Latina, tenemos una habilidad muy grande para progresar en el desprestigio del otro. ¿Quién paga ese proceso de desprestigio? Lo paga el pueblo, progresamos en el desprestigio del otro a costa de los más pobres, a costa del pueblo. Es tiempo de que la nota distintiva de aquellos que fueron ungidos por sus pueblos para gobernarlos sea el servicio al bien común y no que el bien común sea puesto al servicio de sus intereses”.

En la perspectiva de profundizar algunos aspectos de la concepción de política por parte de Bergoglio/papa Francisco, hemos pensado que pueden ser de útil lectura los siguientes textos que ponemos a disposición de los lectores:

1. Bergoglio, J. M., “Necesidad de una antropología política. Un problema pastoral”, en la revista *Stromata*, enero/junio 1989.

2. Bergoglio, J. M., *Curso de reflexión política. Rehabilitar la política*, Buenos Aires, 2004.

3. Papa Francisco, *Discurso a un grupo de la Pontificia Comisión para América Latina*, 4 de marzo de 2019.

4. Papa Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz. La buena política está al servicio de la paz*, 1° de enero de 2019.

CAPÍTULO II

NECESIDAD DE UNA ANTROPOLOGÍA POLÍTICA: UN PROBLEMA PASTORAL

Stromata, enero-junio, 1989

En esta reflexión, con la cual en 1989 inaugura el año académico de las Facultades de Filosofía y Teología en San Miguel, Bergoglio analiza la acción política en la búsqueda de un equilibrio entre el interés colectivo y el individual. La cultura de la solidaridad puede fusionar estos momentos en una síntesis inmejorable.

Introducción: Presencia del fenómeno político

1. El régimen político democrático reinstalado los últimos años en nuestro país y la proximidad de elecciones generales ha reubicado lo político en el centro de las preocupaciones nacionales como “lo público”, “lo común a todos”, y como “sistema de representación y gobierno” con toma de decisiones que comprometen a todos, decisiones que se proyectan hacia el futuro. De alguna manera, en la conciencia individual de los argentinos (aunque no siempre con los matices y medidas necesarios) se ha subrayado una cierta “recuperación” de la propia identidad personal de “ciudadanos”. Esta preocupación por “lo político” no es suficiente en sí misma, porque en el tejido social, en los hábitos cotidianos, en las acciones y declaraciones de integrantes de los casi catorce mil cargos electivos que existen hoy en Argentina, subyacen –más o menos explícitamente– imágenes y referencias contradictorias y a veces desprestigiadas de “lo político”.

2. Lo político queda, así, confundido por *fractura de visiones*. La fractura de visión en el orden *semántico* se da cuando se denomina política a situaciones “de compromiso”, “violentas”, “injustas”

o “conflictivas”. La fractura de visión en el orden *empírico* se da cuando se identifica lo político unilateralmente con la práctica política facciosa o sectaria, con el poder a secas, con lo que no hace el poder o con lo que hace. La fractura de visión en el orden *teórico*, teoría política o social, tiene una larga tradición que cobra fuerzas hacia mediados del siglo XVIII, cuando el orden político universal abdica en favor del espacio económico, del espacio social y de las formas jurídicas. Con el liberalismo, la política deja de ocupar un lugar en la conciencia de los hombres y –subalternizada y desprestigiada– queda sometida a la hostilidad de los poderes dominantes. En el campo del saber político ocupa espacio la teoría económica, la sociología y el Derecho. Estas *visiones fracturadas* de lo político (de orden semántico, empírico o teórico) aparecen todos los días en las reflexiones y declaraciones de los hombres de política. Como pueblo y como cristianos estamos sometidos a la presión de estas visiones parciales que plasman una verdadera *confusión*.

Intento de definición

3. Intentar definir lo político tiene la contingencia propia de toda actividad compleja, más fácil de comprender si se analizan las diversas formas en las que los pueblos la han practicado como regímenes políticos institucionalizados, y los grandes teóricos la han perfilado. Por ejemplo, para Mario Justo López, debemos distinguir entre el *sentido amplio* (en todo cuerpo social hay política) y el *sentido restrictivo* (conjunto de actividades estatales), entre el *sentido formal* (técnica para inclinar voluntades) y el *sentido material* (contenido finalista para obtener metas de unidad). Concluye diciendo que estamos ante una realidad múltiple, variable, simbólica y multi-relacionada. Entre los cinco imperativos de la sociedad, Malinovsky sitúa la organización política que tiene a su cargo la construcción, consolidación y conservación de la sociedad. En la definición *escolástica* de J. M. Llovera, lo político representa el principio formal que reduce a la unidad los distintos factores materiales que lo conforman. Georges Burdeau exagera la *creatividad* al afirmar que lo político es una creación del espíritu humano y que adquiere realidad como entidad simbólica y subjetiva en un mundo mágico de representaciones. De modo que lo político no existe en estado bruto, sino que se manifiesta en aquello en lo que el pensamiento considera que tiene valor, alcance o consecuencias políticas. De modo parecido,

aunque más *fenomenológicamente*, Deutch dice que nuestra sociedad son “redes de política”. Sheldon Wolin y Giovanni Sartori van a ver en lo político un ámbito, un *espacio*. Para Wolin, un espacio cuya función es “relacional” (hay aquí también una dimensión de funcionalismo): integrar las discontinuidades de la vida grupal y organizacional en una sociedad de participación común. Recuerda a Platón, quien decía –en su concepción arquitectónica– que la política era la “real tejedora de la vida social”. Una decisión política tiene el efecto de conectar otras actividades a lo político y convertirlas –en parte– en fenómenos políticos. Lo principal es la función relacionante que cumplen las *instituciones políticas*: definir el espacio político o lugar donde se relacionan las fuerzas tensionales de la sociedad, como es un tribunal, una legislatura, un partido político, etc. También sirven para definir el tiempo político, período dentro del cual tiene lugar la decisión, la resolución. Las organizaciones y los ordenamientos políticos proporcionan así un marco dentro del cual se vinculan espacial y temporalmente las actividades de los individuos, grupos e instituciones¹.

4. En definitiva, hay que buscar una definición que contemple todas las tensiones: política como actuación instrumental que apunta a objetivos determinados según un cálculo de fines-medios. Política como expresión simbólica de la vida en común. Política como esencial de la persona y ética del conjunto, en su concepción y en su práctica, como búsqueda organizada del Bien Común, como práctica institucionalizada del diálogo social. En este sentido –y orientándonos al tema de la disertación–, recuerdo que el bien común se realiza en lo social, la *reflexión ética* del individuo culmina en vocación política que busca “servir” a los prójimos más prójimos enraizados en la Nación como entorno concreto, superando las *tentaciones* del poder como soberbia para servirse y del no-poder como nihilismo para ser indiferente. Al tratar de la antropología política como un problema de la pastoral, se han de tener en cuenta estas referencias fundamentales, y también las “tentaciones” que distorsionan la relación hombre-política y que tienen su origen en estas dos que acabo de mencionar. Expresamente escojo el término “tentación” como explicitación teológica de la existencia

1. Una buena introducción a los diversos planteos políticos la encontramos en S. Wolin, Sheldon, *Política y perspectiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, 479 pp.

de un conflicto. En un conflicto hay tensión, hay “lucha por resolución”. La tentación siempre se da en la direccionalidad de *resolver* mal el conflicto: “reducir” la tensión en un equilibrio balanceado (sería la correspondiente a la del primer Binario de los Ejercicios), o anular la tensión por la adhesión a uno de los polos (sería la correspondiente al segundo Binario). Por la tentación, y debido a la consonancia interior que el término tiene en teología, se descubre con mayor facilidad la dirección en la cual se dará la superación del conflicto. De ahí que recurriré con frecuencia al señalamiento de las diversas tentaciones².

Jerarquizar lo político³

5. Como primera aproximación menciono un hecho: el *divorcio* existente entre actitud de politización y cultura política. Una vez se ha dicho de la Argentina que era un país politizado pero sin cultura política, lo que equivale a decir que la política no está *jerarquizada* como valor en el corazón del hombre. Un ejemplo de esto es el hecho de la opinión pública, tan volátil, que no responde a una actitud de análisis reflexivo. Una realidad esquizoide entre actitud política y cultura política solo encuentra solución por el camino de *recobrar la vigencia de lo político en su total amplitud*. Esto entraña la voluntad de garantizar también la *unidad* política amenazada por la discordia y la enemistad interna. Entraña la convicción de que la Nación es fruto de la amistad interna. Recobrar la vigencia de lo político es recobrar el horizonte de síntesis y de unidad de una comunidad, horizonte de armonización de intereses, de organización de la racionalidad política para dirimir conflictos; horizonte estratégico de acuerdo en lo esencial, de creencia de que nuestra propia identidad y seguridad personal, familiar y sectorial es frágil e imprevisible sin el marco superior de lo político. Lo central sería, pues, jerarquizar, desde la unidad, la tensión entre identidad colectiva y dignidad de la persona, interiorizando los valores y recuperando su ámbito social.

2. Cfr. la doctrina de los Ejercicios de san Ignacio acerca de la tentación, movimiento de espíritus, necesidad de discernimiento, reglas de discernimiento.

3. Las tensiones que se manejan en esta parte son interioridad-totalidad.

6. Recuperando lo político como “expresión simbólica de vida en común”, ritual de reconocimiento recíproco en una historia familiar y en una identidad colectiva (donde la lucha por la democracia como estilo de vida y sistema de gobierno no termina allí, sino que se transforma también en una lucha por la inalienable dignidad de la persona humana), es entonces cuando la política recobra su sentido más profundo y menos instrumental e inmediateista, en una concepción clásica y cristiana, como aquello que –al decir de Aristóteles– “hace al hombre más bueno”. La tensión en términos de “bonum” es entre bien común y bien particular, lo cual sería la tensión política en cuanto tal.

7. Plantearse el problema de una antropología política implica considerar la política como síntesis, pero no como totalidad inmanente que aplaste e insectifique al hombre. Política que supere la tentación de la autonomía absoluta, de la razón enloquecida. Jerarquizar lo político no es absolutizarlo ni minimizarlo. Es ubicarlo en su justo lugar como dimensión de la vida y de la historia de los pueblos. Como contraposición a esto puede ayudar recordar los defectos que destruyen la correcta tensión entre interioridad (o inmanencia) y totalidad, que son: *la reclusión en sí mismo, el individualismo y el totalitarismo* o pérdida de sí. Solo se lucha por la persona entera desde la totalidad; si no, se defienden particularidades. La totalidad solo se posee desde lo más interior, si no se convierte en estructura abstracta y no sirve de marco para trascender los conflictos, se convierte en pérdida de sí en un todo que no asume ni representa lo más genuino.

Método

8. Para no desorientarnos en este vasto campo quiero apuntar a las raíces del hombre mismo, del animal político, *esbozando algún rasgo* que considero de importancia en relación con el hombre de hoy, el hombre real a quien anunciamos el Evangelio. Busco mediar antropológicamente entre la pastoral y la cultura en el nivel político. Quiero aclarar dos cosas: 1) como referencia básica al hombre de hoy he tomado la Alocución de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria del Secretariado para los No-Creyentes, del 5 de marzo de 1988; 2) en dicha Alocución, el Papa utiliza el término posmodernidad. Estamos en transición hacia una cultura de la posmodernidad. Para analizar

algunos rasgos de esta cultura de la posmodernidad y para buscar pautas que conformen una *antropología política* acorde al hombre de esta cultura, he usado los criterios del que fuera llamado el “profeta de la posmodernidad”, Romano Guardini⁴. Su pensamiento, convocante ya en la década de los veinte⁵, ha sufrido el camino de los que son padres del espíritu: con el distanciamiento, incluso el repudio, tanto más enconado cuanto más doctrinal fue su postura, hasta que una época posterior, partiendo de sus nuevos supuestos, descubre nuevas relaciones, lo revalora. Teniendo en cuenta esto, sigo adelante con el método de descripción del problema, profundización, elaboración de categorías propias para abordar el tema central. Los pasos son: 1) una descripción de la crisis de la posmodernidad; 2) características y tentaciones de la antropología política actual; 3) ontología subyacente a esta antropología. Dado que se trata de un enfoque pastoral, se profundiza en el ámbito de la ontología teológica.

Descripción de la crisis de la posmodernidad

9. La descripción que hace Juan Pablo II apunta a la situación de *inseguridad* en la que vive el hombre de hoy; inseguridad fruto de la ambigüedad y de la flexibilidad de la vida actual. Nuestro hombre “se encuentra en la soledad típica del supercivilizado que, por haber

4. Guardini, R., *El ocaso de la Edad Moderna*, Madrid, Ed. Guadarrama, 188 pp.

5. Las *oposiciones polares* de Guardini se dan en el ser viviente y real. Este se experimenta estructurado en las tensiones: plenitud-forma, acto-estructura, individualidad-totalidad. A estas oposiciones las llama categorías intraempíricas. Un nivel más profundo (y yo diría reflexivo) de las tensiones se establece al relacionarse lo experimentable con la interioridad del hombre. Se estructura esta realidad trasempírica en los opuestos producción-disposición, originalidad-regla, interioridad-trascendencia. Por fin, sintetiza Guardini las tensiones que se dan en todas las demás, tensiones polares trascendentales: unidad-multiplicidad y semejanza-diferencia. Es decir: las anteriores tensiones entre los opuestos hay que verlas *indivise et inconfuse*. Hay que mantener una distinción y su semejanza, su unidad y multiplicidad, y esto se logra con la *medida* y el *ritmo*. En el plano gnoseológico, la tensión fundamental es entre intuición y concepto. Tensión que permite ver *indivise et inconfuse* las tensiones anteriores. Cfr. Guardini, R., *Der Gegensatz*, Mainz, Grünewald, 3 Aufl. 1985, 235 pp. En las referencias que haré a Guardini, sobre todo a su libro, *El ocaso de la Edad Moderna*, a no ser que sean textuales, no las citaré.

ido demasiado lejos en alas de la técnica, *no puede convivir con los frutos de su saber*. Este desequilibrio entre el poder hacer y el poder vivir (o convivir) causa al hombre una tremenda y creciente *desazón*⁶. El hombre de hoy se siente extrañamente libre, con una libertad que –en gran parte– es *desamparo*... Pasa inadvertido el hecho de que la creación puede engendrar orgullo, y éste provoca un desequilibrio entre el poder que se tiene sobre las cosas y el poder que se tiene sobre el poder⁷. Existe desproporción entre el poder que da la técnica y la madurez ética de los usufructuarios del mismo⁸.

10. Por otra parte, nadie acepta hoy la fe en el progreso propia de la Ilustración; en cambio, ha penetrado en la conciencia común una especie de *mesianismo profano*⁹; y –si bien los tres elementos típicos de la Modernidad (la naturaleza como subsistente en sí misma, el sujetopersonalidad autónomo y la cultura creadora a partir de sus propias normas)¹⁰ han perdido su vigencia referencial– con todo ha aparecido un cierto *moralismo* sustitutivo de tales elementos. En la lucha por el poder ilimitado (posibilidad de la técnica), la política recurre a falsos mesianismos (actitud ante el fin); y la desmesura del poder técnico (poder hacer y poder sobre las cosas) no permite su manejo político (poder vivir, poder sobre el poder) y esto causa la inseguridad y la desazón. La política de los mesianismos profanos, al no buscar fines trascendentes, revela su apetito de poder técnico o del poder por el poder. Por otra parte, ese mesianismo afecta a la ética supliéndola por el moralismo inmanente.

11. Por ejemplo, vemos que este mesianismo profano y este moralismo aparece bajo diversas formas sintomáticas de los enfoques sociales o políticos. A veces, se trata de un *desplazamiento* del *ethos* de los actos de la persona hacia *las estructuras*, de tal modo que no será el *ethos* el que da forma a las estructuras, sino las estructuras quienes producen el *ethos*. De ahí que el camino de

6. López Quintás, Alfonso, *Pasión de verdad y dialéctica*, en Romano Guardini, como estudio complementario a la edición de *El ocaso de la Edad Moderna*, cit., pp. 151-184. Aquí, p. 169.

7. Ídem, p. 171.

8. Ídem, p. 172.

9. Card. Ratzinger, Joseph, “Iglesia, Ecumenismo y Política”, *Nuevos ensayos de eclesiología*, Madrid, BAC, 1987, 304 pp., p. 226.

10. Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna*, cit., p. 77.

salvación sociopolítico prefiera ir por el “análisis de las estructuras” y de las actuaciones político-económicas que de ellas resultan. Detrás de esto subyace la convicción de que el *ethos* es un elemento frágil mientras que las estructuras tienen un valor sólido y seguro¹¹. Este hecho se mueve en la tensión acto-estructura. El *ethos* no sostiene la correcta tensión entre acto y estructura (se considera lo activo como lo que viene de la interioridad de la persona). En consecuencia, el *ethos* se desplaza hacia las estructuras pues son naturalmente más estables y de más peso. Al perderse el sentido personal del fin (el bien de las personas, Dios) queda la fuerza de la “cantidad” que posee la estructura. Otra manifestación de ese moralismo y mesianismo profano la encontramos en la unilateralidad del concepto moderno de la razón: solo la razón cuantitativa (las geometrías como ciencias perfectas), la razón del cálculo y de la experimentación tienen derecho a llamarse “razón”. Hay una reducción de la ética y de la política a la física. No existen el bien y el mal en sí, sino solamente un cálculo de ventajas y de desventajas¹². El desplazamiento de la razón moral trae como consecuencia que el derecho no puede referirse a una imagen fundamental de justicia, sino que se convierte en el espejo de las ideas dominantes¹³. Quizá también se pueda atribuir a este mesianismo profano una suerte de *fuga mundi* provocada por la pérdida del sentido de la trascendencia: se trata de una fuga hacia la utopía con el consiguiente resultado de aquella angustia de la razón que ya ni es capaz de percibir como racionales las cosas verdaderamente humanas¹⁴. Esta manifestación muestra la necesidad del fin. En una actitud tecnicista que absorbe toda la lucha se olvida la actividad contemplativa. Los fines se reemplazan por falsas promesas o fines coyunturales que son maneras de posponer lo trascendente.

12. La mentalidad tecnicista juntamente con la búsqueda del mesianismo profano son dos rasgos expresivos del hombre de hoy,

11. Card. Ratzinger, J. R., ob. cit., p. 227.

12. Ídem, pp. 228-229.

13. Ídem, p. 230. Esta segunda manifestación se mueve en la tensión entre intuición y concepto. La fascinación por lo cuantitativo lleva al pensamiento político a perder de vista el fin. El poder “físico” o técnico es ilimitado, aparece como el más necesario y el que decide sobre lo demás. La lucha por él hace olvidar los valores.

14. Card. Ratzinger, J., ob. cit., p. 231.

a quien bien podemos calificar de “hombre gnóstico”: poseedor del saber pero falto de unidad, y –por otro lado– necesitado de lo esotérico, en este caso secularizado, es decir, profano. En este sentido, se podría decir que la tentación de la política es ser gnóstica y esotérica, al no poder manejar el poder de la técnica desde la unidad interior que brota de los fines reales y de los medios usados a escala humana. Y esta crisis no puede superarse por ningún tipo de “retorno” (de los que la modernidad agonizante ensayó a porfía), sino que se supera por vía de *desbordamiento interno*, es decir, en el núcleo mismo de la crisis, asumiéndola en su totalidad, sin quedarse en ella, pero trascendiéndola hacia adentro.

13. Vuelvo sobre lo dicho más arriba. No podemos hablar de una antropología política para el hombre de hoy sin intentar una justa aproximación valorativa de la época. Y “el único patrón para valorar con acierto una época es preguntar hasta qué punto se desarrolla en ella y alcanza una auténtica razón de ser *la plenitud de la existen humana*, de acuerdo con el carácter peculiar y las posibilidades de dicha época”¹⁵. Aquí hay una tensión bipolar entre plenitud y límite. Nadie duda que vivimos una época de transición, y “como sucede siempre en estas épocas de transición, sufren una sacudida los últimos estratos del ser humano. Las pasiones primitivas despiertan con mayor fuerza: la angustia, la violencia, el ansia de bienes, la reacción contra el orden. Las palabras y los actos adquieren cierto tono primitivo e inquietante. También las energías religiosas fundamentales dan señales de vida. Fuera y dentro se tiene experiencia de los poderes superiores que, si bien son fuente de fecundidad, también desconciertan y aniquilan. En este ambiente, los problemas del sentido de la existencia, de la salvación y de la condenación, de las debidas relaciones con Dios, de la ordenación correcta de la vida (problemas de perenne actualidad) cobran nueva intensidad. Se experimentan con mayor urgencia las contradicciones que se dan en la interioridad del hombre, entre el deseo de verdad y la resistencia a ella, entre el bien y el mal”¹⁶. Esta *tensión interna sale hacia afuera*, conforma un ámbito cultural específico, se *exterioriza culturalmente*. Al hombre que hoy vive este ámbito cultural específico, ¿qué se le dice acerca de su

15. Guardini, R., *El ocaso de la Edad Moderna*, ob. cit., p. 42.

16. Ídem, pp. 72-73.

actividad política? ¿Cuál es la antropología política sobre la cual ha de apoyarse el anuncio evangélico? ¿Qué pautas debe tener dicha antropología contextualizada en una cultura que tienta al hombre con cosmovisiones gnósticas que lo dividen interiormente creándole confusión?

Características y tentaciones de la antropología política

14. *Desde los nominalismos formales a la objetividad armónica de toda forma.* En primer lugar, ha de buscarse una antropología liberada del enjaulamiento de los *nominalismos*, procurando “dar a los conceptos usados la máxima movilidad interna”¹⁷, lo cual únicamente se logra concibiendo la explicitación en la tensión concepto-realidad. Es un camino que va de los nominalismos formales a la armoniosa objetividad de la forma. A ninguno de nosotros escapa la seducción cultural que hoy día ejerce la autonomía de la semiótica que, poco a poco, va creando un mundo de ficciones con peso de realidad; “Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemos”¹⁸. En el plano social y político esta autonomía de la idea y de la palabra sobre la realidad, este nominalismo político, produce los consabidos nominalismos no convocantes¹⁹. Ya Platón lo denunciaba en el *Gorgias*, haciendo notar que la política se degeneraba por la retórica autónoma, y –en tal sentido– afirmaba que la retórica era a la política lo que el gourmet al médico o a la cosmética a la gimnasia²⁰. Los nominalistas políticos son aquellos que no pueden pasar en silencio un momento político. Existencialmente necesitan hacer declaraciones de coyuntura; reducen la política a la retórica. Optan por enredarse en análisis de coyuntura más que trascenderse en la captación de los signos de los tiempos.

17. López Quintás, A., ob. cit., p. 163.

18. Eco, U., *El nombre de la rosa*, XII ed., Barcelona-Buenos Aires, Lumen 1987, 616 pp., p. 607.

19. Esta característica se mueve en la tensión entre *concepto y realidad*. Hay que tener en cuenta que el concepto está en tensión con la intuición, para no ser abstracto el pensamiento. Y la realidad se sitúa en el centro de todas las tensiones. Aquí se privilegia la tensión forma-plenitud. El nominalismo que queda solamente con la forma: es retórica.

20. Platón, *Gorgias*, Buenos Aires, Aguilar, 1982, 191 pp., N° 465, p. 59.

15. *Desde el desarraigo de las raíces constitutivas.* En segundo lugar, ha de ser una antropología que supere el afán de autonomía heredado de la modernidad, el cual conduce al desamparo y al desarraigo. Por la autonomía el hombre aprendió a rendir culto a la *genialidad*, saborea la *fama* y la *gloria*, y –por ese camino– pierde su punto de apoyo en algo que trascienda su mismo genio, su fama, su gloria, su personalidad. Aquí se da una tensión entre los opuestos regla-originalidad, evitando caer en la coerción (exageración de la regla) y en la impulsividad (exageración de la originalidad).

16. *Desde los refugios culturales a la trascendencia que funda.* En tercer lugar, se ha de buscar una antropología que deje de lado cualquier camino de “retorno”²¹ concebido –más o menos conscientemente– como refugio cultural. Este rasgo es consecuencia de lo anterior. La modernidad –al perder puntos de apoyo objetivos– recurre a “lo clásico” (pero en el sentido de mundo clásico, mundo antiguo, no en el sentido que le damos nosotros) como una expresión del *deber ser* cultural. A propósito, es curioso notar cómo el empirismo objetivista más craso puede –en el desquicio de la modernidad– ir a la par con el subjetivismo valorativo kantiano y ser proyectado hacia la búsqueda de puntos de apoyo, verdaderos “refugios culturales”, tal como es este *deber ser* cultural. El hombre de hoy repite, de alguna manera, la tentación de los retornos. Al encontrarse dividido, divorciado consigo mismo, confunde la *nostalgia* propia del llamado de la trascendencia con la *añoranza* de mediaciones inmanentes también desarraigadas²². Una cultura sin arraigo y sin unidad no se sostiene, y arraigo y unidad no son dados por añoranzas de panteísmos (pensemos en los retornismos del desesperado Hölderlin a las concepciones de Giordano Bruno) ni por los evolucionismos utópicos de la escatología histórica hegeliana. Si proponemos una

21. Aquí el lema del arraigo se puede considerar en la visión de Guardini en López Quintás, A., *Romano Guardini*, Cristiandad, 1966, 337 pp., pp. 324 y sigs. Esta cuestión del arraigo evita los escapes hacia atrás (retorno panteísta) y hacia adelante (evolucionismo utópico). Lo que Guardini ve en categorías de todo-parte aquí lo pongo en categorías temporales: desarraigo por vuelta al panteísmo inicial o por fuga al futuro utópico. Retorno-evolución.

22. El tema de la nostalgia y de la añoranza implica las tensiones inmanente-trascendente. Guardini ve como tentación de la trascendencia la pérdida de sí, y como tentación de la inmanencia el recluirse en sí. Aquí esto segundo está caracterizado como “retorno” y lo primero como “evolucionismo utópico”.

antropología política de tipo “retornista” estaremos predicando con radical insinceridad que la actitud de desarraigo pleno es fecunda.

17. Desde “lo inculto” destructor al señorío sobre el poder. En cuarto lugar, hay que considerar que la antropología política para el hombre de hoy no suponga, ni siquiera larvadamente, una segunda forma de “lo inculto”. Me explico: “Lo inculto, en su primera forma, está vencido. Debido al progreso de la técnica la naturaleza inmediata obedece al dominio del hombre. Pero de manera larvada, eso inculto penetra nuevamente dentro de la misma cultura, y su instrumento es precisamente lo que proporcionó el triunfo sobre su primera forma: *el poder mismo*. En esta *segunda forma de inculto* se han vuelto a abrir todos los abismos de los tiempos primitivos: aparece la angustia de los desiertos y el horror de las tinieblas. El hombre se encuentra nuevamente ante el caos”²³. Si al plantearnos el problema de una antropología con dimensión política olvidamos este punto central del señorío sobre el poder²⁴, no podremos acercarnos al núcleo mismo de la contradicción del hombre de hoy y, por tanto, no podremos entregar la predicación evangélica en toda su fuerza, sino reducida por este hecho en sí mismo pecaminoso.

18. Hablo del pecado. El poder es *ambiguo* y puede operar como bien y como mal. El problema radica, como dije más arriba, en la *desproporción* que existe entre el poder que el hombre tiene sobre lo existente y el sentimiento de responsabilidad ante ese poder: este sentimiento es débil. El hombre actual no está preparado para utilizar el poder con acierto, y en gran medida falta conciencia de esto. De tal modo que –sin dominio por parte del hombre– el poder se *hypostasía* y va desarrollándose autónomamente. Es una manera de decir. No existe la “tierra de nadie” en estas cosas. Y si el poder no responde a la libertad del hombre-señor, va “cobrando sustancia” en sí mismo, pero no para convertirse en autodueño de sí, sino para cambiar de dueño, para responder a otra libertad, el dominio

23. Guardini, R., *El ocaso de la Edad Moderna*, ob. cit., p. 122.

24. En la caracterización de una antropología que no caiga en una vuelta a “lo inculto”, la cuestión del señorío sobre el poder se mueve en la tensión plenitudforma, que evita el caos y el formalismo. Dar forma y poner límite aun a la plenitud ilimitada de la técnica del poder es el desafío de la antropología. Y la correcta caracterización de las tensiones ayuda y es ya en sí misma señorío y límite que conduce esa fuerza desencadenada por la cultura de la modernidad.

del Malo que esclaviza a todo hombre. Por ello, esta segunda forma de “lo inculto” se mueve en el campo de lo demoníaco, es decir, de Satanás. Una antropología política para nuestra época debe dejar sitio a esta realidad que nada tiene de esotérico sino que se da como el fruto del mismo maltrato del ser: es la *tristeza del no ser*²⁵.

19. *Desde el sincretismo conciliador a la pluriformidad en unidad de los valores. Desde la puridad nihilista a la captación del límite de los procesos.* Finalmente, una antropología política debe negarse al manejo del sincretismo conciliador como de la “puridad” que, en definitiva, está en la base de cualquier forma de nihilismo²⁶. El *sincretismo* fascina por su apariencia de equilibrio: suele darse al pretender hallar el justo medio, obviando el conflicto no por resolución de la tensión polar sino simplemente por balanceo de fuerzas. Es la tentación más propia de quienes utilizan —en la retórica— la demagogia del método de los contrastes plásticos: detrás de esto existe una concepción mecanicista geométrica del ser y del conocimiento. El sincretismo conciliador adquiere sus mayores dimensiones en el área de la justicia y a precio de los valores. En sí mismo se autoconsidera un valor y su basamento radica en la convicción de que cada hombre tiene su verdad, y que cada hombre tiene su derecho: basta con que se guarde equilibrio. Gusta proclamar los “valores comunes” que no son ni ateos ni cristianos, sino más bien neutros, o que, como suele decirse, son transversales respecto de las identidades y de las pertenencias²⁷. En definitiva, el sincretismo conciliador es la forma más larvada de totalitarismo moderno: el totalitarismo de quien concilia prescindiendo de valores que lo tras-

25. Cfr. Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna*, ob. cit., p. 113. Cfr. también en los Ejercicios de san Ignacio, la doctrina de la desolación.

26. Se mueve en la tensión trascendencia-inmanencia y totalidad-parte, tomando el totalitarismo (exageración de la totalidad) desde su figura actual sincrética. Y tomando la reclusión en sí (exageración de la interioridad) desde su característica fundamentalista, que reduce todo lo que se le presenta conflictivo a la parte pura y se recluye en sí, lo cual no es lo mismo que interioridad.

27. Cfr. Puebla, nn. 387, 389, 393, sobre valores y disvalores. Además, hay que hacer notar un cierto proceso de secularización suave, que no persigue a la fe ni a la Iglesia, e invita a los creyentes a tomar parte, junto con todos los otros hombres, en la construcción de un mundo más humano, pero que, en realidad, representa una amenaza mortal para la fe y para la Iglesia porque vacía de significado y de valor a las mismas raíces y a la pertenencia en su misma razón de ser (así opina un comentarista contemporáneo).

cienden. Ciertas decisiones gubernamentales de nuestros días a propósito de valores religiosos en programas televisivos han sido fruto de un desplazamiento hacia la moralina conciliadora de una estructura totalitaria que vivimos, en contra de los valores más hondos de nuestro pueblo.

20. Hermanada al sincretismo conciliador está la pretendida búsqueda de una “puridad” (que muchas veces nos evoca los dones preternaturales): razón pura, ciencia pura, arte puro, sistemas puros de gobierno, etcétera... Esta ansia de puridad, que a veces toma forma de fundamentalismo religioso, político o histórico, se da también a costa de los valores históricos de los pueblos, y aísla la conciencia de tal manera que conduce a los hombres a un verdadero nihilismo. La antropología que oriente en la superación de la crisis debe ser dialéctica: estrictamente personal y solidaria a la vez²⁸. Debe suponer un tránsito del desamparo al sentimiento de estar en el ámbito apropiado; desde el desarraigo a las raíces constitutivas; desde los nominalismos formales a la objetividad armoniosa de toda forma; desde los refugios culturales a la trascendencia que funda; desde “lo inculto” destructor al señorío sobre el poder; desde el sincretismo conciliador a la pluriformidad en unidad de los valores; desde la puridad nihilista a la captación del límite de los procesos.

21. *La persona*. En definitiva, se trata de un tránsito desde la “personalidad” a la persona, persona que asuma conscientemente su realidad de ser *persona*: cada hombre y mujer es único, es inalienable, irreemplazable, insustituible. A esta unicidad hay que apelar en los momentos de crisis. Aun en las tensiones internas que no logran avenirse en un mismo plano: será la unicidad quien inspire la armonización en un plano superior. Este tránsito de la personalidad a la persona conlleva, como *conditio sine qua non*, la condena sin miramientos al *fraude de los valores*, fraude intrínseco de valores que son o cristianos o humanos iluminados por la Revelación, y se los presenta –bajo la inspiración de la modernidad– como correspondientes al mero desarrollo de la naturaleza humana, ignorando el sentido real de los mismos²⁹. Hay una *progresión* en este *fraude*

28. López Quintás, A., *Pasión de verdad...*, ob. cit., p. 171.

29. Guardini, R., *El ocaso...*, ob. cit., p. 135.

*ontológico*³⁰: la desconexión de las raíces cristianas convierte a los valores en mónadas, lugares comunes o simplemente nombres. De ahí al *fraude de la persona* hay un paso. Porque, en definitiva, una antropología no puede eludir la confrontación de la persona con la Persona que la trasciende y que la fundamenta en esa misma trascendencia. Y también es impensable prescindir de esto en materia sociopolítica. El Papa ha sido explícito en el Parlamento de Estrasburgo: “Después de Cristo ya no es posible idolatrar la sociedad como grandeza colectiva devoradora de la persona humana y de su destino irreductible [...] Ningún proyecto de sociedad podrá establecer jamás el Reino de Dios, es decir, la perfección escatológica en la tierra. Los mesianismos políticos desembocan a menudo en las peores tiranías. Las estructuras que las sociedades se dan a sí mismas no tienen un valor definitivo, y ni siquiera pueden producir todos los bienes a los que el hombre aspira. Particularmente, no pueden sustituir la conciencia del hombre ni su búsqueda de la verdad y del absoluto”³¹.

22. Realidades complejas como son las políticas requieren una “visión a distancia” de perspectiva que es todo lo opuesto a la distancia de dominio. Esta distancia de perspectiva fundamentalmente es *reverente y piadosa*. *Reverencia* es la distancia necesaria para conocer a las personas; *piEDAD* es la distancia necesaria para conocer lo irrepetible³². No hay piedad respecto de lo general y abstracto. El vaciamiento de la *relación personal* de la piedad³³ en aras de una religiosidad difusa es una de las tentaciones a superar por una antropología política que pretenda tomar en serio el misterio de la persona y rescatarla de cualquier relación de dominio.

30. La visión de la que habla Guardini es la visión eclesial, de la que uno participa en la medida en que pertenece al espacio y tiempo católico de la Iglesia. Se puede trasponer analógicamente a la visión de los pueblos, de cada pueblo, que tendría características similares.

31. 11 de octubre de 1988. OR, ed. cast., 27-XI-1988, n.º 1039; el Discurso a la Asamblea para los No-Creyentes está en OR, ed. cast. 20-III-1988, n.º 1003.

32. La distancia de dominio conlleva actitudes de dogmatismo, que es propio de la evasión de la lógica abstracta; de escepticismo, que trae alejamiento físico; y de fusionismo, que produce náuseas.

33. Se plantea el tema de la tensión de la persona (con todas estas tensiones en las que se mueve nuestra cultura) con Dios. Y se plantea en términos de piedad-falsa religiosidad.

Ontología subyacente a esta antropología

23. Dije más arriba que el camino para salir de la crisis era por vía de *desbordamiento interno*. Me refiero al *método* de pensamiento: método de aprehensión, comprensión y descripción de la situación del hombre actual, de las sociedades y –por tanto– método de elaboración de una antropología política. ¿Qué quiero significar con este tipo de método? Estoy indicando un estilo de pensamiento que implique un método fenomenológico de matiz dialéctico. En este sentido, hay que despojar el vocablo “dialéctico” de toda resonancia hegeliana, y simplemente ver en él *la expresión de una interacción mutua de realidades*. Se trata de una dialéctica dinámica entre vida y pensamiento en la cual lo decisivo es el ritmo, donde la movilidad no distrae, antes bien concentra la atención y la intensifica³⁴. Se lo puede llamar *pensamiento sineidético*, donde los detalles deben ser estudiados en función del conjunto. Lo esencial de este modo de pensar es la *unidad* y el *ritmo*. El *ritmo* lo logramos mediante la aplicación del método fenomenológico, y la *unidad* es un “trascendental” de las oposiciones del ser dinámico y vivo. Este método exige de la mente la *tensión sineidética necesaria* para ver las partes en función del todo y el todo en función de las partes, en la conciencia de que en todo conjunto vital (y el hecho político-social es un conjunto vital), no se pueden separar las partes del todo ni viceversa, por la elemental razón de que no es posible comprender una parte sin estar captando el todo en el cual está vinculada, y al revés. Es labor de conjunto, tensionada, sineidética³⁵.

24. El método analítico-objetivista, tomado en préstamo a las ciencias de la naturaleza, fracasó al ser aplicado a las ciencias del espíritu. En el tratamiento del problema político se impone, pues, superar el racionalismo, pero no en aras de un retornismo romántico ni de un supuesto conocimiento afectivo de la realidad, sino dando al intelecto su pleno valor: la capacidad conjunta de razonar y de intuir, es decir, la capacidad de la *visión* (*Anschauung*) de las cosas³⁶.

25. Este pensamiento permite al hombre elevarse y mantenerse a la altura de su ser, pues adopta –como ámbito de la vida intelectual– no

34. López Quintás, A., *Pasión de verdad...*, ob. cit., pp. 153-157.

35. Cfr. ídem, p. 165.

36. Cfr. ídem, p. 166.

ya la “objetividad” o la “subjetividad” del ser, sino al ser *supraobjetivo*³⁷. El pensamiento analítico individualista no ha logrado plantear debidamente el problema social: queda cuarteado por el parcelamiento de un positivismo social. El ser social está en el ámbito de lo *colectivo*, lo cual no significa un “todo de tipo gregario”, una *unitas accumulatio-nis*, como dirían los escolásticos, sino un *conjunto orgánico*, razón por la cual no se opone a lo individual, antes bien lo integra. Lo *objetivo* y lo *personal* no son términos opuestos, ya que la dualidad objetivo-subjetivo es ontológicamente incompleta cuando no confusa. Todo el ámbito del ser *supraobjetivo* es, en sentido de realidad, rigurosamente “objetivo”. De ahí que una realidad si es viva, y por tanto orgánica, puede ser, al mismo tiempo, *colectiva, objetiva y personal*³⁸.

La solidaridad

26. El ser social, y por ende la actividad política, al constituir en la realidad un ser supraobjetivo: objetivo y personal, supera la monstruosa expresión acuñada por el liberalismo ilustrado: “el material humano”. A recobrar el innato instinto para captar la condición supraobjetiva del ser, ofrecemos a la antropología política la posibilidad de ascender tanto lo gregario de un colectivismo, como el elitismo liberal ilustrado, o el individualismo calvinista de tipo económico, o la legalidad positivista, o el subjetivismo romántico. Desde este punto de vista, y con este modo de pensar sineidético, se puede intentar una antropología política para el hombre actual que rescate y haga crecer actitudes políticas cuya raíz estaría en la actitud-valor de la *solidaridad*: vocablo que expresa un valor dialéctico que aúna lo *colectivo* (elemento de fuerza hoy imprescindible) y lo *individual* (la unicidad de la persona, expresada en actitudes éticas de responsabilidad, lealtad, y en apertura ontológica de trascendencia a los demás y a Dios). *Solidaridad* como modo de hacer la historia; *solidaridad* como ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos alcancen la unidad pluriforme que engendra vida³⁹.

37. López Quintás, A., *Pasión de verdad...*, ob. cit., p. 165, nota 2, describe al ser supraobjetivo (él lo llama inobjetivo: *ungestandliche Sein*).

38. A. López Quintás, A., *Pasión de verdad...*, ob. cit., p. 167.

39. Donde se habla de una mirada que contemple la universalidad orgánica, que mantiene en tensión la irreductibilidad del todo (evitando el dogmatismo absolutista que quiere dominar el Ser a través de las estructuras) y el valor indi-

27. La unidad de una sociedad, así como la unidad interna de todo hombre no están dadas por salidas coyunturales ni por la apelación a una falsa ética desenraizada de sus más profundas aspiraciones, sino en el esfuerzo *solidario*, habitual, constante por superar lo momentáneo. El hecho particular político no cobra sentido ni se hace planteo pastoral en la urgencia de reforma de estructuras, sino de invitación a la concordia o amistad política, la cual solamente puede desarrollarse arraigada en la *actitud libre de la solidaridad* y que no responde sino a la aspiración del encuentro con el único Bien que une a los hombres entre sí. Si vemos al hombre posmoderno sumergido en la confusión del desengaño de su fallida omnipotencia, no hallaremos otra forma de rescate que el *reencuentro solidario con su pueblo*, unidos por el vínculo de *desear* al Dios que es Principio y fin de su acción libre. Situarse de cara a Dios es aceptar ser fundado y poder trascenderse. Compartir la conciencia colectiva de un pueblo es dejarse acompañar con la única objetivación del bien mutuo, dejarse iluminar por la piedad con que el mismo pueblo se reubica y se deja atraer hacia el Fin que lo mueve, que lo justifica y da esperanza y le confiere la *alegría del ser*. Dejémoslo decir a Dostoievski en la expresión magistral de los Karamazov: “Quien no cree en Dios, tampoco cree en el pueblo de Dios. En cambio, quien no dude del pueblo de Dios, verá también la santidad del alma del pueblo, aun cuando hasta ese momento no hubiera creído en ella. Solo el pueblo y su futura fuerza espiritual convertirá a nuestros ateos, desligados de su propia tierra”⁴⁰.

vidual de las estructuras particulares (evitando un universalismo esquemático que desarraiga al hombre privándolo del saber regional de las perspectivas individuales). Esta universalidad orgánica se opone también al escepticismo relativista que rompe el vínculo entre las estructuras concretas y el todo. Esta manera de mirar parte de lo dinámico. (Acto) del núcleo del espíritu individual que mira al Todo, y se le revela la verdad viviente no por meros conceptos sino por símbolos también. Y la mirada al todo destaca un punto de vista especial que sigue dirigiendo el todo pero bajo un aspecto determinado (esta tensión es “estructura”), y así el todo se hace pensable limitadamente.

40. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Libro VI, cap. 2, Barcelona, ed. Bruguera, 1979, p. 359.

CAPÍTULO III

CURSO DE FORMACIÓN Y REFLEXIÓN POLÍTICA¹

Cardenal Jorge M. Bergoglio S.J.

Buenas noches. Quiero comenzar agradeciendo a todos los que han puesto esfuerzo aquí, todos los que han trabajado para hacer realidad estos dos Cursos, el que ya está funcionando y el que comienza hoy, que era una necesidad porque el quehacer político es una forma elevada de la caridad, del amor y, desde esa óptica, la Iglesia lo acompaña, el Magisterio de la Iglesia lo ilumina.

Resulta interesante ver cómo, desde Pío XII hasta aquí, los Pontífices han insistido en este acompañamiento. No es meterse a hacer política, sino que es un problema de caridad y, por lo tanto, un problema teológico y ético. La Iglesia lo ilumina desde el Evangelio para que el bien común sea mayor. Es una tarea noble la política, una de las formas más elevadas de la caridad, decía el Papa.

Y quisiera agarrar el toro por los cuernos y ver una de las paradojas más grandes que se están viviendo hoy día; no sólo aquí, es un problema mundial: es el descrédito de la política y los políticos en el momento en que más necesitamos de ellos. Es curioso, cualquier otra profesión o asociación o corporación, por ahí tiene descrédito pero está más cubierta, tiene más modos de defenderse; en cambio, el político queda totalmente solo, sobresale, está conduciendo, con esa soledad de la conducción, entonces cualquier descrédito es muy duro, y esta paradoja es muy pesada para el hombre y la mujer del quehacer político. Ésta es una razón más para acompañarlos, porque en este momento son los más apaleados.

1. Desgrabación de la clase inaugural del Arzobispo de Buenos Aires. Cardenal Jorge M. Bergoglio S.J. 1º de junio de 2004.

Un ejemplo, sin querer ofender... ojo... pero el ejemplo de lo que dice la gente, ustedes lo oyen en la calle. ¿Quiénes son ladrones y corruptos? ¡Los políticos!... decime, ¿y los médicos?... ¡No, los médicos son buenos!... ¿aja?... ¿y cuando te hacen el retorno, y cuando te hacen la receta así, y cuando te hacen esto?... ¿y los gerentes de laboratorio? ¡Ah, son unos angelitos! Sí, con el ochenta por ciento de recargo que te ponen, ¿son o no son corruptos?, pero están más cubiertos, ¿no es cierto? Dos ejemplos típicos de desviación, de corrupción, pero no, a la larga parecería que los corruptos son sólo los políticos. Siempre... (hablando en el idioma más puro de Cervantes), “la ligan los políticos”, y en este momento es que tenemos que acompañarlos con más hondura, porque es cuando más los necesitamos y, sin embargo, es cuando más solos están, con esa soledad de la conducción. De ahí lo importante de rehabilitar lo político y la política. Esa palabra, “rehabilitar”, no es mala, la utiliza la Conferencia Episcopal Francesa en una carta pastoral de hace ocho, diez años, si no me equivoco, donde se planteó el mismo problema que existe en Francia; el mismo, porque es un problema mundial. Hay una carta pastoral muy interesante que la tradujo y la publicó la revista *Criterio* aquí; conviene que mastiquen bien esa carta pastoral de los obispos franceses.

En marzo del ochenta y nueve (es de mal gusto citarse a sí mismo), había notado esto que digo ahora y, a propósito de que tuve que dar una conferencia en la Facultad, hacía notar que estábamos en un proceso de deterioro político y que la política no estaba jerarquizada, que habría que recobrar la vigencia de lo político en su total amplitud, textualmente: “[...] recobrar la vigencia de lo político en su total amplitud”, año ochenta y nueve, noventa y nueve... quince años, o sea, después de unos años de democracia, ya se notaba eso. Quizás era la herencia de tantos años sin poder ejercer bien la democracia, pero era un hecho ya en aquel momento... y de ahí que esa conferencia la hice centrar en ese aspecto.

En un mensaje emitido con ocasión del encuentro con responsables de la cosa pública, Juan Pablo II hablaba de “la vocación a la acción política”, estoy citando, textual: “[...] concretamente al gobierno de las naciones, el establecimiento de las leyes y la Administración Pública en sus distintos ámbitos”, y planteaba la “necesidad de preguntarse por la naturaleza, exigencias y los objetivos de la política para vivirla como cristianos y como hombres conscientes de su nobleza”, o sea, la política es una actividad noble y el político la tiene que vivir así, consciente de la nobleza de esa actitud, cons-

ciente de su nobleza y, al mismo tiempo, de las dificultades y los riesgos que comporta.

Y agregaba luego: “[...] la política es el uso del poder legítimo para la consecución del bien común de la sociedad, bien común que abarca el conjunto de aquellas condiciones de vida social con que los hombres, familias y asociaciones pueden lograr más plena y fácilmente su perfección propia”. Y en ese documento al que me refería antes, del Episcopado Francés, dice: “La política es una obra colectiva permanente, una gran aventura humana. Ella concierne, a la vez, a la vida cotidiana y al destino de la humanidad. La imagen que ella tiene en nuestra sociedad necesita ser revalorizada”; el título era “Rehabilitar la Política”, “Revalorizar”. “Ella es una actividad noble y difícil”.

Obviamente que ejercer la política, cuando se hace desde esta óptica y con vocación y dedicación, exige testimonio, el testimonio, el martirio, o sea que hay una dimensión martirial de la política, donde uno muere a sí mismo por el bien común. Ahí radica la diferencia entre el mediador y el intermediario. El político es fundamentalmente un mediador que escucha la voz de su pueblo, ve lo viable de las cosas y va mediando, llevando adelante para el bien común; pero en ese mediar se desgasta, muere; el mediador siempre pierde, pierde él en favor del pueblo. En cambio, el intermediario es aquél que, frente a un conflicto, por ejemplo, saca de acá, saca de este otro lado y trata de pegar la cosa. Es un intermediario, no es un mediador y gana en función de los conflictos; o sea, el intermediario es el minorista, es el almacenero con la máquina de cortar fiambre, que compro a cuatro, vendo a seis, gano dos. El político no es un intermediario, debe ser un mediador, donde se le va la vida en ese trabajo; de ahí la nobleza.

Lo que dije recién de otras asociaciones y corporaciones, esas asociaciones y corporaciones tienen más oportunidades para disimular las carencias y ocultar sus defecciones; en cambio, el político siempre está más expuesto, está más expuesto porque está en la cosa pública, está en el candelero y todo el mundo lo ve. Fíjense lo que ha pasado entre nosotros hace un par de años, la famosa consigna “que se vayan todos”, no se les dijo ni a los curas, ni a las monjas, ni a los médicos, ni a los farmacéuticos... se les dijo a los políticos, fueron los más expuestos, y del pecado que se les achaca a los políticos, más o menos todos participamos, con sus más o con sus menos. Pero ¿por qué a ellos sí y a todos los demás no? Simplemente porque ellos están más expuestos. Eso pasó entre nosotros, el “que se vayan

todos” se acuñó para los políticos con una gran injusticia... Son los más expuestos.

Hay una cosa también a tener en cuenta en el momento histórico que vivimos: ser político en el momento actual es muy difícil porque la unidad política, el Estado-Nación, ve disminuidas sus capacidades y los gobernantes parecen rehenes de fuerzas que no controlan. Los centros de decisión parecen alejarse y perderse en el anonimato. O sea, hay que ser consciente de que, en este mundo globalizado, el campo de movimiento, de gambeta, que tiene un político, está mucho más disminuido porque la decisión no la tiene en el seno del organismo político en el que está inserto (legislativo, judicial o ejecutivo) y con el que le corresponde tener la confrontación, sino que, a veces, las decisiones las tiene muy lejos.

Un ministro de educación una vez me decía que había pedido un subsidio, o un préstamo, a uno de estos organismos internacionales. Era para un proyecto, un proyecto bueno; daba gusto porque era de promoción en zonas del interior, y que se lo habían dado, es decir, se lo ofrecían sí, se lo iban a dar, y le daban una serie de instrucciones, de cómo hacer las cosas y le ponían condiciones; una de las condiciones era que, en el nivel tal de toda la República, se pusiera como libro de texto, tal libro. Entonces, si ese ministro daba ese decreto: “Este fulano es esto [...] mire cómo está lavando la cabeza”, pero eso fue una condición para darle el préstamo. O sea, los centros de decisión estaban en otro lado. En este mundo globalizado existe esto, por eso es más difícil la acción política, porque no se trata, frente a esto, de ponerse de pie y cantar el Himno Nacional; acá hay que tener una habilidad muy grande para moverse, la habilidad del mediador que se desgasta continuamente creando caminos de viabilidad.

La palabra viabilidad hay que marcarla... y como por ahí se dijo que la política es el arte de lo posible, hoy más que nunca porque hoy no se puede sonar en el “habriaqueísmo”: habría que, habría que, habría que, hoy no va, hoy: se puede esto, se puede esto, se puede esto y los principistas pierden en política. Hoy más que nunca los principistas no van... ¿cómo, no hay que tener principios? Sí, hay que tenerlos, pero ver cómo los hago viables, frente a esto que los centros de decisión y de diálogo están muy alejados y muy mediatizados, no por mediadores sino por intermediarios internacionales.

Estaba hablando una vez con dirigentes de empresa (esto, si hay alguno acá o si se entera... que no se ofenda porque lo digo bien) y yo les pregunté, como hermano, díganme ¿quién de ustedes

es dueño de la empresa? Ni una mano se levantó, ustedes son gerentes de empresa... ¡sí!... todos. O sea, ustedes no pueden decidir, la decisión le viene de la multinacional de la que usted depende, a tres mil, cinco mil, diez mil, quince mil kilómetros de distancia, con otro mundo distinto, con intereses globalizados... Bueno... ésta es la realidad que vivimos y hay que hacer política así, y luchar contra esto, y declarar la independencia a eso en la medida de lo viable, o sea, es una tarea heroica.

Juan Pablo II decía: “[...] no se puede justificar un pragmatismo que también, respecto a los valores esenciales y básicos de la vida social, reduzca la política a mera intermediación de intereses o, aún peor, a una cuestión de demagogia de la sociedad; el realismo es necesario.

Todo parece reducirse a una cuestión de delicados equilibrios, de dilemas a resolver, y la idea de construir nuevas realidades no avala que cualquier cosa es posible”; ¿ven?, el realismo del Papa...

O sea, el político tiene que ser un poeta, en el sentido griego de la palabra, tiene que ser un creativo y tiene que pasar del equilibrio pragmático a una creatividad fecunda en la medida de lo posible, y eso es lo que lo desgasta. ¿Qué se podrá hacer?, ¿cómo lo puedo hacer?, ¿cuál es el camino? El político es, por esa creatividad, artífice, fundamentalmente artífice, por eso les dije poeta, alfarero, que tiene, como todo poeta, un diez por ciento de inspiración, pero noventa de transpiración; y –como poeta– jugarse en el trabajo cotidiano.

Hay un hecho que lo vemos en nuestro país y lo vemos en todo el mundo, por ejemplo, ahora, en la campaña de Estados Unidos: existe un desplazamiento, un deslizamiento, desde lo intelectual activo de la política (bueno, estos son los principios y hay que actuar en esto por el camino de lo viable, que es creativo y fundamentalmente axiomático porque es contenedor de valores), hacia a lo estético.

Hoy la política en todo el mundo es un problema estético. Se ha desplazado. Por ejemplo, hoy no se discute sobre una plataforma electoral. Hoy los temas candentes se eluden en todo el mundo. ¿Qué se busca?; la imagen. O sea, se ha transformado en un problema estético y se perdió toda la mística del comité... de la unidad básica... del centro socialista, de ir a hablar, a perder tiempo, a cambiar el mundo, como se decía “la política de café”. Que no hay que despreciarla porque los que escuchábamos eso cuando éramos chicos, en ese escuchar a los dirigentes que venían y nos hablaban, y nos hacían hablar, aprendíamos los principios de la política y aprendíamos el

camino de la política. Aprendíamos a leer una plataforma y discutir una plataforma, ideas hacia lo activo, a criticar decisiones desde la plataforma.

Ahora eso se ha transformado en cuestiones de imagen, entonces tenemos fenómenos donde se impone una imagen porque... salió... ¡qué lindo! y después ahí nomás... Por supuesto, al año perdió como en la guerra, no sirvió, pero... ganó por imagen, ¿no? Es un problema estético, y esto ya lo decía —esta frase ya me la habrán oído mil veces, pero la voy a repetir porque es de un genio— Platón en el *Georgias*, lo decía con esta frase refiriéndose al problema estético, que en aquel momento era la retórica, o sea, los retóricos eran los que doraban la píldora... con los sofismas. Decía: “La retórica es a la política, lo que el gourmet al médico o la cosmética a la gimnasia”. O sea, la retórica no es hacer política, es lo mismo que el gourmet al médico o la cosmética a la gimnasia... vos haciendo cosmética no te prepararás para una Olimpiada. O sea, había descubierto la tentación del desplazamiento hacia lo estético, cosa que estamos sufriendo ahora en todo el mundo.

Bien, desde esta óptica, la campaña electoral de los Estados Unidos en este momento y, como siempre, los candidatos diversos y los partidos diversos están buscando rincones donde ejercitar la estética de la imagen y atraer ahí a los votantes. Es decir, se cae en la seducción en vez de usar esa arma política tan constructiva que es la persuasión. Cuando esos maestros políticos que visitaban los comités, la unidad básica, los centros socialistas, se sentaban y persuadían con las ideas, no con la imagen, era cosa linda. Hoy día, en cambio, la seducción. Hoy tratamos de seducir para ganar votos y no ese trabajo tan de horas y horas y horas de hablar, de hablar y hablar, y escuchar, de persuadir. Y una conducción sin persuasión es estéril.

Hay otro fenómeno que sufrimos, es la diferencia que hay entre politización y cultura política. Alguien dijo, un político, que los argentinos somos muy politizados pero carecemos de cultura política. Ahora, estamos en esa época; es decir, la política no está jerarquizada como valor en el corazón del hombre, pero sí la ebullición politizada. Somos politiqueros, tendemos a ser politiqueros pero por decadencia; y tenemos que convertirnos de esa decadencia por medio de la cultura política y nuestra preocupación en este curso es aportar a la cultura política. Aquí no se va a convencer a nadie de que sea peronista, radical, socialista, comunista; no se va a convencer de eso; simplemente, lo que pretendemos es, desde la luz del Evangelio,

crear cultura política, ayudar a que crezca la cultura política, porque eso es para el bien común y para el bien de todos los habitantes. Y así como hay voluntariado para los hospitales, para nuestros hermanos enfermos, puede alguien decir y bueno, este es un voluntariado para la política, que en este momento está tan atacada, tan probada, tan desprestigiada, porque al que más se lo deja solo es al político y no tiene la protección que tienen otras corporaciones.

Se trata de una invitación a redescubrir la política, a restituirle el alma que la partidocracia le ha quitado. Es decir, los partidos políticos son instrumentos y en un sistema de partidos políticos, que son necesarios, son instrumentos para llevar adelante la política a través de las ideas, los puntos de vista, las cosmovisiones distintas. Cuando eso se empieza a enfermar o a confundir o qué se yo, los instrumentos se declaran independientes, se declaran medios con entidad propia, se hipostasian, y se pasa del partido político a la partidocracia y entonces las organizaciones, que son para el servicio, pierden la dimensión de trascendencia a los otros, a la comunidad, la dimensión de servicio, y se vuelven sobre sí mismos. Este hecho es lo que origina el fenómeno de las “internas”.

Cuando un organismo tiene muchas “internas” es porque perdió el sentido del límite como invitación a trascender hacia otro, o sea, el sentido de las fronteras, el límite como frontera, y rebota. El límite es pared y rebota y vuelve sobre sí mismo. Es muy importante lo del límite considerado como frontera porque así se entiende la política de construcción, de creación, que es una política de adentrarse más allá de la frontera, de ir más allá; no quiero detenerme en esto porque me voy a meter en cuestiones históricas pero, en una frase: no es válida una política de factoría que orillea la frontera y no se mete, sino que es verdadera política la que se mete en el corazón de la frontera y va más allá. ¿Por qué?, porque el político sabe, intuye con su corazón que la realidad se ve mejor desde el último lugar conquistado que desde el centro. Cuando un político no considera el límite como frontera sino como frontón de paleta, rebota y vuelve adentro, empiezan las “internas”, que es la varicela, el sarampión de las organizaciones políticas y de cualquier otra organización (los curas y las monjas también tenemos “internas” cuando estamos decadentes). ¿Está claro?... esto explica el por qué a veces proliferan las internas.

Es signo de enfermedad cuando hay muchas internas, siempre tiene que haber alguna porque es normal que las haya; más aún, las competencias internas depuran un partido y hacen aparecer al líder

mejor. No me refiero aquí a esa competencia sino al “internismo”, a la interna facciosa, a la enfermedad de la interna. Es por eso, porque el límite aprisiona, o sea, yo estoy contenido en una jaula y bueno, me peleo con los otros que están en la jaula, en vez de salir afuera a conquistar. Y como no salgo afuera veo la realidad desde la jaula, chiquitita, que es lo que un gran político argentino en su momento llamó “el microclima”. En el microclima veo la cosa... y no salgo afuera, al no salir afuera no creo y no veo la realidad en su riqueza desde el último lugar conquistado. Sobre eso, simplemente, vean lo que sucedió cuando Europa descubre el Nuevo Mundo y toma conciencia de que hay otro mundo, se revoluciona Europa y se ve la realidad desde otro punto, desde el estrecho de Magallanes, y cambia totalmente la cosmovisión.

Quisiera marcar algunas pautas del camino a recorrer para rejeerarquizar la política, que es en el fondo lo que quisiera decir. Hasta aquí vi un poco la situación, los problemas, ahora quiero proponer una serie de pautas que pueden servir, tipo esquemático, y ese sería mi aporte hoy, porque no quiero extenderme mucho, para que sirva de reflexión. El camino para realizar la política comprende diversas sendas: las voy a ir marcando.

Primero: Cuando la política sufre, está enferma, está baja, hay que rehabilitarla; es una política que se mueve en el nominalismo formal. Entonces el camino es desde esa enfermedad de los nominalismos formales —el famoso jarabe de pico— a la objetividad armoniosa de la cosa, es un camino de creatividad. Fíjense que el nominalismo estanca los conceptos y hay que dar a los conceptos la máxima movilidad interna. En política, cuando yo digo una cosa, tiene que ser una cosa que tenga tal movilidad interna que cree en los demás la imaginación creativa; es decir, que atraiga, que mueva, que vaya a la inteligencia y al corazón. La palabra tiene que estar abierta a la comprensión y a la tensión, la tensión de concepto y realidad y, cuando una política está decadente o enferma, le gusta hablar en conceptos y nada que ver con la realidad. Conceptos que no responden a la realidad. Los conceptos reflejan la realidad y se vuelven objetivos sólo cuando se elabora bien esa tensión concepto/realidad. Y esto sucede cuando el concepto le deja a la palabra esa chispa que lleva adentro toda palabra y que inspira un camino a seguir. O sea, hay que salir de los nominalismos formales y llegar a la objetividad armoniosa de toda palabra.

Hace unos años estuvo de moda la novela de Humberto Eco, *El nombre de la rosa*. ¿Se acuerdan cómo termina? Me puso la piel de gallina porque es trágica, “*stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*”: “La rosa prístina está en el nombre, porque solamente tenemos nombres desnudos”, no tenemos realidad. Bueno, esa es la cultura que causó furor en todo el mundo, Humberto Eco, *best seller* en todo el mundo, que alimentó a los intelectuales, el nominalismo formal. Es la autonomía de la idea, de la palabra, y una palabra autónoma de la realidad, una idea autónoma de la realidad, no convoca; y los nominalismos no convocan, ¿por qué? Porque no tienen esa chispa interior de la palabra objetiva que responde a la realidad y cuando no tiene esa chispa, no te inspira y no crea poetas y no te deja andar. ¿Está claro esto? Entonces, primer camino: *del nominalismo formal a la objetividad armoniosa*.

Segundo sendero: *Desde el desarraigo* (porque obviamente, cuando alguien, cuando una actividad política está desarraigada, tiene que ir a las raíces constitutivas), *retomar las raíces constitutivas*. Superar el afán de autonomía heredado de la modernidad, que conduce siempre al desamparo y al desarraigo. Esto lo había pescado bien Borges, una vez... yo tengo mis cosas con Borges pero bueno, me gusta, como poeta reconozco que es uno de los grandes poetas nuestros, pero no es de los que más me llenan. Pero hay que sacarse el sombrero. Y Borges dijo una frase que, dejó el tono con que la dijo... no quiero juzgar su postura, sino la frase sola, que es la que me va a servir: “Los argentinos somos europeos desterrados”, o sea, apuntaba al desarraigo argentino. Quedémonos con la frase, que somos europeos desterrados, somos desarraigados, estamos en crisis de desarraigo. Y aquí, para ir a las raíces constitutivas, hay que caminar el camino de la memoria, el de la tensión entre lo que está reglado ahora y la originalidad, entre la pertenencia y la labor que yo tengo que realizar, entre la coerción y la impulsividad, entre el marco de seguridad y el riesgo.

Hay una cosa que es clave: El camino de la memoria es el de la pertenencia, o sea, ¿de dónde vengo? Esa pregunta hay que plantearse continuamente para evitar el desarraigo, pero ¿de dónde vengo y me quedo ahí? ¡No!, ahí me quedo en un museo, ¿de dónde vengo?, ¿dónde estoy?, ¿a dónde voy?; o sea, la memoria del pasado para abrir espacios al futuro. Esa es la dinámica de salir del desarraigo, ¿por qué?, porque descubro la pertenencia.

¿Y la pertenencia qué? Me da identidad, porque *tener identidad es pertenecer*. Nadie tiene identidad de laboratorio, clonada, nadie tiene identidad pura, la identidad me la da la pertenencia a un pueblo, a una sociedad, a una familia. Una pertenencia me da una identidad. En la medida que yo me hago cargo de esa pertenencia y la llevo adelante, en esa medida tengo identidad y la hago crecer, no me quedo con ella. ¿Esto está claro entonces?; *del desarraigo a las raíces constitutivas*, que no es un retornismo, de eso voy a volver a hablar dentro de un rato aquí mismo, más adelante. No es un retornismo de tipo fundamentalista, bueno, aquello es lo único, como algunas concepciones políticas que son de tipo fundamentalista, integrista, etc., que quedan como que aquello fue y tiene que darse siempre lo mismo. No, no,... es mi pertenencia la que hago caminar para hacerla crecer.

Tercera senda: Está muy relacionada con la otra. Evidentemente que la decadencia no me da espacios de acción, me da refugios culturales, entonces hay que salir de esos refugios culturales y llegar a la trascendencia que funda, o sea, hay que caminar al aire libre. El refugio cultural embicha; ustedes levanten una chapa de zinc del fondo de su casa y van a ver el piso lleno de cucarachas, bichos bolita, de todo se encuentra ahí, ¿no? Bueno, el refugio cultural es algo así, embicha el alma, embicha la vida, hay que salir del refugio cultural, la vida no tiene por qué ofrecemos rincones culturales, refugios culturales, sino que *tiene que ofrecernos raíces de pertenencia hacia la trascendencia que funda, porque funda tanto la pertenencia del origen como la utopía que me está trayendo hacia el futuro*. Sí, también la utopía funda; más aún, según la filosofía de Santo Tomás, es más fuerte la causa final, la que me atrae, que la causa que me originó, la causa eficiente.

Dejar de lado cualquier camino de retorno, *los caminos de retorno son suicidas en política*, camino de retorno que evite los escapes hacia atrás (es el retorno panteísta cuando uno quiere ir hacia atrás) o que evite también los escapes hacia adelante sin tener en cuenta lo de atrás, no la utopía, sino los escapes, que es el evolucionismo y... sin base, es puro evolucionismo.

El retorno concebido como refugio cultural no va, y no confundir lo que es nostalgia con añoranza. La nostalgia es algo noble, algo humano, es el “nostos algos”; es decir, el hacerme cargo, de volver a hacerme cargo de mi origen (el mito de Odiseo). La añoranza es un... “qué lindo era”... qué sé yo, es estética, fundamentalmente

estética y me deja pasivo, con el mate en la mano; soñando las cosas que pasaron y no me hace volver a recuperar aquello para llevarlo adelante. (“El misterio de adiós que siembra el tren”, para decirlo con un verso de Homero Manzi).

Pensemos en los retornismos del desesperado Hölderling, las concepciones de Giordano Bruno o los evolucionismos utópicos de la escatología hegeliana. En la tensión inmanencia-trascendencia, evitar tanto la pérdida de sí, que es una mala trascendencia (bueno, me tiro adelante y ahí me quedé perdido porque no tengo norte), como el recluirse en sí, que es la mala inmanencia, el retornismo. Esto está claro, es sencillo.

Pasamos al **cuarto sendero**: *Hay que caminar desde lo inculto, que da una situación de crisis y de enfermedad, que es destructor, al señorío sobre el poder; esto es clave, la vocación política exige unirse de señorío.* El político no es un doctor, es un señor, es una señora, tiene señorío. Y miremos atrás políticos con señoríos que hemos tenido en la patria, y los hemos tenido, hombres y mujeres que nos han enseñado lo que es el señorío. Esto nos lleva a evitar el caos, por un lado, y el formalismo, por el otro, porque uno deja de ser señor, de tener señorío, tanto en el caos de “lo inculto”, como en el formalismo almidonado del viejo smoking (hoy lo escuché a Julio Sosa cantar eso, una maravilla)... ese formalismo almidonado que en el fondo es una payasada.

El señorío es un camino ascético hacia lo sapiencial, hacia la sabiduría. Crecer en señorío te lleva a la sabiduría, un camino ascético, y en esto no existe la tierra de nadie, si el poder no responde a la libertad del hombre o la mujer “señor”, o sea con señorío, si no responde a eso, va cobrando sustancia en sí mismo y cambia de dueño, entonces es un poder “inculto” porque no tiene señor que lo cultive y se transforma en un poder que me aplasta y *un poder que me produce la enfermedad política más grave, la tristeza de no ser, frente a la alegría de ser que te da la creatividad poética de ser señor. Ese es el camino del señorío que hay que andar.*

Un problema serio en política lo marca otro sendero que tiene como punto de partida una enfermedad –y es el último sendero que voy a mencionar–, parte de la enfermedad del sincretismo. Desde el *sincretismo conciliador*, que vamos a ver qué es, hay que caminar hacia la pluriformidad en la unidad de los valores. *Y desde la puridad nihilista a la captación del límite de los procesos.*

Primero, *desde el sincretismo conciliador*. El sincretismo puede seducir y puede fascinar por cierto equilibrio que tiene, pretende buscar el justo medio obviando la recta resolución del conflicto. O sea, un conflicto se puede solucionar de tres maneras: Una, los dos polos en conflicto van al medio y lo solucionamos en el medio, vos cedés esto, vos cedés esto, y en el medio. Segunda manera, uno de los polos en conflicto absorbe al otro y se hace una síntesis por absorción. Y la tercera manera de solucionar el conflicto es resolverlo en un plano superior, en una nueva realidad que conserva en sí las virtualidades de las dos polaridades opuestas y que, a la vez, se transforma en polaridad para un nuevo conflicto, y así vas creciendo.

Entonces, el sincretismo te seduce para llegar a ese equilibrio, es la política del *collage*, típico de los demagogos que utilizan el contraste plástico. Subyace detrás de esto una concepción mecanicista geométrica del ser y del conocimiento, hay una geometría detrás del pensamiento, que algo me está marcando. El sincretismo conciliador adquiere mayores dimensiones en el área de la legislación y la justicia a precio de los valores, es donde más tienta, o sea, en el área legislativa y judicial.

Se considera a sí mismo como un valor –curioso, se autobautiza como valor– y su tesis sería: cada hombre tiene su verdad y cada hombre tiene su derecho, basta con que se guarde el equilibrio y se pongan de acuerdo. Al respecto de esto los refiero a tres números del Documento de Puebla nn. 387, 389 y 393; está claro ahí.

El sincretismo conciliador es una forma larvada de totalitarismo, o sea, es el totalitarismo de lo relativo, el totalitarismo de quien concilia prescindiendo de los valores que trascienden y, frente a este sincretismo conciliador, lo que se nos ofrece como camino político y *a donde tenemos que llegar es a lograr la pluriformidad de los valores, una armonía pluriforme en la unidad y eso es creativo, lo cual no es relativismo de los valores*.

Dije que el otro sendero, que va juntito con éste, por eso los puse juntos, es el que va de la puridad nihilista a la captación del límite de los procesos. La puridad, razón pura, ciencia pura, sistemas puros de gobierno... cuando se sueña con eso... Es lo que da origen a la *enfermedad del eticismo*; hay gente que es tan eticista, tan eticista, que se olvida de ser ética, se sacrifica la ética al eticismo y es lo que nosotros, los curas, así en jerga, llamamos la moralina, alguien vive la moralina y no la moral.

A veces, toma la forma de fundamentalismo religioso, político o histórico, es el eticismo histórico, el eticismo político, el eticismo religioso y se da a costa de los valores históricos de los pueblos, siempre un eticismo. ¿En qué tierra crece el eticismo?, le pido prestada la palabra a Jauretche: en el medio pelo, ¿está claro?, eso dicho como fenómeno porteño, para que lo entendamos.

Y porque es propio del eticismo aislar la conciencia de los procesos y de tal modo la aísla, que conduce a los hombres a un verdadero nihilismo. Y entonces la actividad consistiría en poner en práctica esos eticismos, proyectos formales más que reales. Piensen en cualquier gobierno local, municipal o provincial o de otro país, una de las señales de que es un gobierno eticista es cuando en vez de poner en marcha proyectos reales, pone en marcha proyectos formales. A mí me causaba gracia cuando era muchacho, en la Universidad, donde estaba cerca, por ahí, cambiaban rector y lo primero que hacía el nuevo era llamar a Nordiska para que vinieran y le reacondicionaran el despacho y qué sé yo, o sea, cambian los muebles de lugar, pintan, etc. Cuando una institución empieza a hacer eso, o a cambiar las cosas de adentro, volvemos a lo que dije antes de adentro, de los internismos, es porque tiene proyectos formales y no reales.

Los proyectos reales son siempre agresivos y siempre causan problemas, y un hombre o mujer que trabaja en la política, que no provoque problemas, es como el papá y la mamá que quieren que su hijo y su hija nunca les provoque problemas, entonces lo van anulando para que no le venga nunca la adolescencia, la juventud, y lo mantienen niño toda su vida, no lo dejan crecer. Bueno, *es propio del eticista el proyecto formal porque no causa problemas*. Relacionémoslo con la palabra, el nominalismo formal y no la palabra con chispa que hace poeta, todo eso. *Es la primacía de la formalidad sobre la realidad*, por ejemplo, la fascinación de los organigramas, acá hay un problema... ¿quién tiene que solucionar el problema? ¿Esta parte, ésta, ésta, ésta?, bueno ésta, ¿cómo funciona ésta?... esto hay que hacerlo así, así, así y entonces hago un organigrama nuevo, llegamos acá con un perfecto organigrama y el problema sigue sin que nadie le dé bolilla, ¿está claro? Un gatopardismo; o sea, con organigramas no solucionamos nada, los organigramas sirven, por supuesto, como un instrumento, pero cuando uno ve que va todo por ahí, *es porque se está usando el eticismo formal organizativo contra el problema que hay que solucionar*.

En última instancia, lo que hay que hacer en política es el tránsito de "la personalidad", a la persona. La persona que es única,

inalienable, irremplazable, insustituible, y a esta unicidad de la persona hay que apelar en los momentos de crisis.

Todo este camino, con tantos senderos, desde la enfermedad o desde la crisis a la solución, es para evitar el fraude de los valores, porque cuando una política se basa en los *nominalismos formales, en el desarraigo, en los refugios culturales, en la primacía de lo inculto sobre el señorío, en el sincretismo conciliador, en la puridad nihilista*, se está basando en una personalidad que no responde a la persona y está haciendo un fraude de valores, que en el fondo, es un fraude ontológico, es un fraude al ser; lo dije hace un rato, es el fraude a la alegría de ser para vivir la tristeza del no ser; valores sin raíces, se proponen valores sin raíces, como mónadas, lugares comunes o simplemente nombres y de ahí al fraude de la persona, hay un paso.

Y aquí termino citando a Juan Pablo II: “Después de Cristo ya no es posible idolatrar la sociedad como grandeza colectiva devoradora de las personas humanas y de su destino, ningún proyecto de sociedad podrá establecer jamás el Reino de Dios, es decir, la perfección escatológica en la tierra. Los mesianismos políticos desembocan a menudo en las peores tiranías. Las estructuras que las sociedades se dan a sí mismas no tienen un valor definitivo y ni siquiera pueden producir todos los bienes a los que el hombre aspira, particularmente no pueden sustituir la conciencia del hombre ni su búsqueda de la verdad y del absoluto”. Gracias.

CAPÍTULO IV

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 52 JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

1º de enero de 2019

La buena política está al servicio de la paz

1. “Paz a esta casa”

Jesús, al enviar a sus discípulos en misión, les dijo: “Cuando entréis en una casa, decid primero: ‘Paz a esta casa’. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros” (*Lc* 10, 5-6).

Dar la paz está en el centro de la misión de los discípulos de Cristo. Y este ofrecimiento está dirigido a todos los hombres y mujeres que esperan la paz en medio de las tragedias y la violencia de la historia humana¹. La “casa” mencionada por Jesús es cada familia, cada comunidad, cada país, cada continente, con sus características propias y con su historia; es sobre todo cada persona, sin distinción ni discriminación. También es nuestra “casa común”: el planeta en el que Dios nos ha colocado para vivir y al que estamos llamados a cuidar con interés.

Por tanto, este es también mi deseo al comienzo del nuevo año: “Paz a esta casa”.

1. Cfr. *Lc* 2, 14: “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”.

2. El desafío de una buena política

La paz es como la esperanza de la que habla el poeta Charles Péguy²; es como una flor frágil que trata de florecer entre las piedras de la violencia. Sabemos bien que la búsqueda de poder a cualquier precio lleva al abuso y a la injusticia. La política es un vehículo fundamental para edificar la ciudadanía y la actividad del hombre, pero cuando aquellos que se dedican a ella no la viven como un servicio a la comunidad humana, puede convertirse en un instrumento de opresión, marginación e incluso de destrucción.

Dice Jesús: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (*Mc 9, 35*). Como subrayaba el papa san Pablo VI: “Tomar en serio la política en sus diversos niveles –local, regional, nacional y mundial– es afirmar el deber de cada persona, de toda persona, de conocer cuál es el contenido y el valor de la opción que se le presenta y según la cual se busca realizar colectivamente el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad”³.

En efecto, la función y la responsabilidad política constituyen un desafío permanente para todos los que reciben el mandato de servir a su país, de proteger a cuantos viven en él y de trabajar a fin de crear las condiciones para un futuro digno y justo. La política, si se lleva a cabo en el respeto fundamental de la vida, la libertad y la dignidad de las personas, puede convertirse verdaderamente en una forma eminente de la caridad.

3. Caridad y virtudes humanas para una política al servicio de los Derechos Humanos y de la paz

El papa Benedicto XVI recordaba que “todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *pólis*. [...] El compromiso por el bien común, cuando está inspirado por la caridad, tiene una valencia superior al compromiso meramente secular y político. [...] La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la

2. Cfr. Péguy, Charles, *Le Porche du mystère de la deuxième vertu*, París, 1986.

3. Carta ap. *Octogesima adveniens* (14 de mayo de 1971), 46.

historia de la familia humana”⁴. Es un programa con el que pueden estar de acuerdo todos los políticos, de cualquier procedencia cultural o religiosa, que deseen trabajar juntos por el bien de la familia humana, practicando aquellas virtudes humanas que son la base de una buena acción política: la justicia, la equidad, el respeto mutuo, la sinceridad, la honestidad, la fidelidad.

A este respecto, merece la pena recordar las “bienaventuranzas del político”, propuestas por el cardenal vietnamita François-Xavier Nguyễn Văn Thuận, fallecido en el año 2002, y que fue un fiel testigo del Evangelio:

“Bienaventurado el político que tiene una alta consideración y una profunda conciencia de su papel.

Bienaventurado el político cuya persona refleja credibilidad.

Bienaventurado el político que trabaja por el bien común y no por su propio interés. Bienaventurado el político que permanece fielmente coherente.

Bienaventurado el político que realiza la unidad.

Bienaventurado el político que está comprometido en llevar a cabo un cambio radical. Bienaventurado el político que sabe escuchar.

Bienaventurado el político que no tiene miedo”⁵.

Cada renovación de las funciones electivas, cada cita electoral, cada etapa de la vida pública es una oportunidad para volver a la fuente y a los puntos de referencia que inspiran la justicia y el Derecho. Estamos convencidos de que la buena política está al servicio de la paz; respeta y promueve los Derechos Humanos fundamentales, que son igualmente deberes recíprocos, de modo que se cree entre las generaciones presentes y futuras un vínculo de confianza y gratitud.

4. Los vicios de la política

En la política, desgraciadamente, junto a las virtudes no faltan los vicios, debidos tanto a la ineptitud personal como a distorsiones en el ambiente y en las instituciones. Es evidente para todos que

4. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), 7.

5. Cfr. Discurso en la exposición-congreso “Civitas” de Padua: “30giorni” (2002), 5.

los vicios de la vida política restan credibilidad a los sistemas en los que ella se ejercita, así como a la autoridad, a las decisiones y a las acciones de las personas que se dedican a ella. Estos vicios, que socavan el ideal de una democracia auténtica, son la vergüenza de la vida pública y ponen en peligro la paz social: la corrupción –en sus múltiples formas de apropiación indebida de bienes públicos o de aprovechamiento de las personas–, la negación del Derecho, el incumplimiento de las normas comunitarias, el enriquecimiento ilegal, la justificación del poder mediante la fuerza o con el pretexto arbitrario de la “razón de Estado”, la tendencia a perpetuarse en el poder, la xenofobia y el racismo, el rechazo al cuidado de la Tierra, la explotación ilimitada de los recursos naturales por un beneficio inmediato, el desprecio de los que se han visto obligados a ir al exilio.

5. La buena política promueve la participación de los jóvenes y la confianza en el otro

Cuando el ejercicio del poder político apunta únicamente a proteger los intereses de ciertos individuos privilegiados, el futuro está en peligro y los jóvenes pueden sentirse tentados por la desconfianza, porque se ven condenados a quedar al margen de la sociedad, sin la posibilidad de participar en un proyecto para el futuro. En cambio, cuando la política se traduce, concretamente, en un estímulo de los jóvenes talentos y de las vocaciones que quieren realizarse, la paz se propaga en las conciencias y sobre los rostros. Se llega a una confianza dinámica, que significa “yo confío en ti y creo contigo” en la posibilidad de trabajar juntos por el bien común. La política favorece la paz si se realiza, por lo tanto, reconociendo los carismas y las capacidades de cada persona. “¿Hay acaso algo más bello que una mano tendida? Esta ha sido querida por Dios para dar y recibir. Dios no la ha querido para que mate (cf. *Gn* 4, 1ss) o haga sufrir, sino para que cuide y ayude a vivir. Junto con el corazón y la mente, también la mano puede hacerse un instrumento de diálogo”⁶.

Cada uno puede aportar su propia piedra para la construcción de la casa común. La auténtica vida política, fundada en el Derecho y

6. Benedicto XVI, *Discurso a las Autoridades de Benín* (Cotonou, 19 de noviembre de 2011).

en un diálogo leal entre los protagonistas, se renueva con la convicción de que cada mujer, cada hombre y cada generación encierran en sí mismos una promesa que puede liberar nuevas energías relacionales, intelectuales, culturales y espirituales.

Una confianza de ese tipo nunca es fácil de realizar porque las relaciones humanas son complejas. En particular, vivimos en estos tiempos en un clima de desconfianza que echa sus raíces en el miedo al otro o al extraño, en la ansiedad de perder beneficios personales y, lamentablemente, se manifiesta también a nivel político, a través de actitudes de clausura o nacionalismos que ponen en cuestión la fraternidad que tanto necesita nuestro mundo globalizado. Hoy más que nunca, nuestras sociedades necesitan “artesanos de la paz” que puedan ser auténticos mensajeros y testigos de Dios Padre que quiere el bien y la felicidad de la familia humana.

6. No a la guerra ni a la estrategia del miedo

Cien años después del fin de la Primera Guerra Mundial, y con el recuerdo de los jóvenes caídos durante aquellos combates y las poblaciones civiles devastadas, conocemos mejor que nunca la terrible enseñanza de las guerras fratricidas, es decir que la paz jamás puede reducirse al simple equilibrio de la fuerza y el miedo. Mantener al otro bajo amenaza significa reducirlo al estado de objeto y negarle la dignidad. Es la razón por la que reafirmamos que el incremento de la intimidación, así como la proliferación incontrolada de las armas son contrarios a la moral y a la búsqueda de una verdadera concordia. El terror ejercido sobre las personas más vulnerables contribuye al exilio de poblaciones enteras en busca de una tierra de paz. No son aceptables los discursos políticos que tienden a culpabilizar a los migrantes de todos los males y a privar a los pobres de la esperanza. En cambio, cabe subrayar que la paz se basa en el respeto de cada persona, independientemente de su historia, en el respeto del Derecho y del bien común, de la creación que nos ha sido confiada y de la riqueza moral transmitida por las generaciones pasadas.

Asimismo, nuestro pensamiento se dirige de modo particular a los niños que viven en las zonas de conflicto, y a todos los que se esfuerzan para que sus vidas y sus derechos sean protegidos. En el mundo, uno de cada seis niños sufre a causa de la violencia de la guerra y de sus consecuencias, e incluso es reclutado para conver-

tirse en soldado o rehén de grupos armados. El testimonio de cuantos se comprometen en la defensa de la dignidad y el respeto de los niños es sumamente precioso para el futuro de la humanidad.

7. Un gran proyecto de paz

Celebramos en estos días los setenta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que fue adoptada después del segundo conflicto mundial. Recordamos a este respecto la observación del papa san Juan XXIII: “Cuando en un hombre surge la conciencia de los propios derechos, es necesario que aflore también la de las propias obligaciones; de forma que aquel que posee determinados derechos tiene asimismo, como expresión de su dignidad, la obligación de exigirlos, mientras los demás tienen el deber de reconocerlos y respetarlos”⁷.

La paz, en efecto, es fruto de un gran proyecto político que se funda en la responsabilidad recíproca y la interdependencia de los seres humanos, pero es también un desafío que exige ser acogido día tras día. La paz es una conversión del corazón y del alma, y es fácil reconocer tres dimensiones inseparables de esta paz interior y comunitaria:

- la paz con nosotros mismos, rechazando la intransigencia, la ira, la impaciencia y –como aconsejaba san Francisco de Sales– teniendo “un poco de dulzura consigo mismo”, para ofrecer “un poco de dulzura a los demás”;
- la paz con el otro: el familiar, el amigo, el extranjero, el pobre, el que sufre...; atreviéndose al encuentro y escuchando el mensaje que lleva consigo;
- la paz con la creación, redescubriendo la grandeza del don de Dios y la parte de responsabilidad que corresponde a cada uno de nosotros, como habitantes del mundo, ciudadanos y artífices del futuro.

La política de la paz –que conoce bien y se hace cargo de las fragilidades humanas– puede recurrir siempre al espíritu del *Magnificat* que María, Madre de Cristo salvador y Reina de la paz, canta en

7. Carta enc. *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), 44.

nombre de todos los hombres: “Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; [...] acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres en favor de Abrahán y su descendencia por siempre” (*Lc 1, 50-55*).

Vaticano, 8 de diciembre de 2018

Francisco

CAPÍTULO V

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A UN GRUPO DE LA PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

**Sala del Consistorio
Lunes, 4 de marzo de 2019**

Queridos amigos:

Agradezco las palabras del Cardenal Ouellet, e inicié esta intervención diciéndoles “queridos amigos”, y no por un mero recurso retórico, sino porque al pensar en la iniciativa que han emprendido creo que puede ser oportuno recordar una línea del capítulo 15 del evangelio de san Juan, en el que Jesús dice a todos: “En adelante, ya no los llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora los llamaré amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí a mi Padre” (*Jn 15,15*).

Y Jesús funda la Iglesia con aires de una amistad, como un acto de amor, como un gesto de compasión por nuestra condición frágil y limitada. Y al encarnarse, Jesucristo abraza nuestra humanidad, abraza a nuestro “yo”, a veces egoísta, tantas veces temeroso, para regalarnos su fuerza y mostrarnos que no estamos solos en el camino de la vida, que tenemos un amigo que nos acompaña. Gracias a ello, cada vez que decimos “yo” podemos decir “nosotros”, es decir, somos comunidad con Él. Tenemos un “amigo” que nos sostiene, nos invita a proponer misioneramente esa misma amistad a todos los demás y así dilatar la experiencia de “Iglesia”.

Y esta verdad tiene muchas implicaciones en distintos ámbitos, pero en especial es importante para aquellos que descubren que son llamados a ser responsables de la promoción del bien común.

Ser católico en la política no significa ser un recluta de algún grupo, una organización o partido, sino vivir dentro de una amistad, dentro de una comunidad. Si tú al formarte en la Doctrina social de la Iglesia no descubres la necesidad en tu corazón de pertenecer

a una comunidad de discipulado misionero verdaderamente eclesial, en la que puedas vivir la experiencia de ser amado por Dios, corres el riesgo de lanzarte un poco a solas a los desafíos del poder, de las estrategias, de la acción, y terminar en el mejor de los casos con un buen puesto político pero solo, triste y con el riesgo de ser manipulado.

Jesús nos invita a ser sus amigos. Si nos abrimos a esta oportunidad nuestra fragilidad no va a disminuir. Las circunstancias en las que vivimos no cambiarán de inmediato. Sin embargo, podremos mirar la realidad de una manera nueva, podremos vivir con renovada pasión los desafíos en la construcción del bien común. No olvidemos que entrar en política significa apostar por la amistad social.

En América Latina tenemos un santo que sabía bien de estas cosas. Supo vivir la fe como amistad y el compromiso con su pueblo hasta dar la vida por él. Él veía a muchos laicos deseosos de cambiar las cosas pero que muchas veces se extraviaban con falsas respuestas de tipo ideológico. Con la mente y el corazón puestos en Jesús y guiado por la Doctrina social de la Iglesia, san Óscar Arnulfo Romero decía, y cito: “La Iglesia no se puede identificar con ninguna organización, ni siquiera con aquellas que se califiquen y se sientan cristianas. La Iglesia no es la organización, ni la organización es la Iglesia. Si en un cristiano han crecido las dimensiones de la fe y de la vocación política, no se pueden identificar sin más las tareas de la fe y una determinada tarea política, ni mucho menos se pueden identificar Iglesia y organización. No se puede afirmar que solo dentro de una determinada organización se puede desarrollar la exigencia de la fe. No todo cristiano tiene vocación política, ni el cauce político es el único que lleva a una tarea de justicia. También hay otros modos de traducir la fe en un trabajo de justicia y de bien común. No se puede exigir a la Iglesia o a sus símbolos eclesiales que se conviertan en mecanismos de actividad política. Para ser buen político no se necesita ser cristiano, pero el cristiano metido en actividad política tiene obligación de confesar su fe. Y si en eso surgiera en este campo un conflicto entre la lealtad a su fe y la lealtad a la organización, el cristiano verdadero debe preferir su fe y demostrar que su lucha por la justicia es por la justicia del Reino de Dios, y no otra justicia”¹. Hasta aquí Romero.

1. S. Óscar Arnulfo Romero, *Homilía*, 6 de agosto de 1978.

Estas palabras fueron pronunciadas el 6 de agosto de 1978, para que los fieles laicos fueran libres y no esclavos, para que reencontraran las razones por las que vale la pena hacer política pero desde el evangelio superando las ideologías. La política no es el mero arte de administrar el poder, los recursos o las crisis. La política no es mera búsqueda de eficacia, estrategia y acción organizada. La política es vocación de servicio, diaconía laical que promueve la amistad social para la generación de bien común. Solo de este modo la política colabora a que el *pueblo* se torne protagonista de su historia y, entonces, se evita que las así llamadas “clases dirigentes” crean que ellas son quienes pueden dirimirlo todo. El famoso adagio liberal exagerado, todo por el pueblo, pero nada con el pueblo. Hacer política no puede reducirse a técnicas y recursos humanos y capacidad de diálogo y persuasión; esto no sirve solo. El político está en medio de su pueblo y colabora con este medio u otros a que el pueblo que es soberano sea el protagonista de su historia.

En América Latina y en todo el mundo vivimos actualmente un verdadero “cambio de época”² –lo decía *Aparecida*– que nos exige renovar nuestros lenguajes, símbolos y métodos. Si continuamos haciendo lo mismo que se hacía algunas décadas atrás, volveremos a recaer en los mismos problemas que necesitamos superar en el terreno social y político. No me refiero aquí simplemente a mejorar alguna estrategia de *marketing*, sino a seguir el método que el mismo Dios escogió para acercarse a nosotros: la Encarnación. Asumir. Asumiendo todo lo humano –menos el pecado– Jesucristo nos anuncia la liberación que anhela nuestro corazón y nuestros pueblos. Y entonces ustedes, como jóvenes católicos dedicados a diversas actividades políticas, serán vanguardia en el modo de acoger los lenguajes y signos, las preocupaciones y esperanzas, de los sectores más emblemáticos del cambio de época latinoamericano. Y les tocará buscar los caminos del proceso político más apto para llevar adelante.

¿Cuáles son los sectores más emblemáticos o significativos en el cambio de época latinoamericano? En mi opinión, son tres; además lo deben de haber escuchado porque está Carriquiri aquí, así que se lo copio a él. Son tres a través de los cuales es posible reactivar las energías sociales de nuestra región para que sea fiel a su identidad

2. Cfr. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Aparecida*, 44.

y, al mismo tiempo, para que construya un proyecto de futuro: las *mujeres*, los *jóvenes* y los *más pobres*.

En primer lugar, las *mujeres*. La Comisión Pontificia para América Latina el año pasado ha dedicado una reunión plenaria precisamente a la mujer como pilar en la edificación de la Iglesia y la sociedad³. Además, a los obispos del CELAM en Bogotá, en 2017, les recordaba que “la esperanza en Latinoamérica tiene un rostro femenino”⁴. En segundo lugar, los *jóvenes*, porque en ellos habita la inconformidad y rebeldía que son necesarias para promover cambios verdaderos y no meramente cosméticos. Jesucristo, eternamente joven, está presente en su sensibilidad, en la de ellos, en su rostro y en sus inquietudes. Y, en tercer lugar, los *más pobres* y *marginados*. Porque en la opción preferencial por ellos la Iglesia manifiesta su fidelidad como esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia⁵.

Las *mujeres*, los *jóvenes* y los *pobres* son, por diversas razones, lugares de encuentro privilegiado con la nueva sensibilidad cultural emergente y con Jesucristo. Ellos son protagonistas del cambio de época y sujetos de esperanza verdadera. Su presencia, sus alegrías y, en especial, su sufrimiento son una fuerte llamada de atención para quienes son responsables de la vida pública. En la respuesta a sus necesidades y demandas se juega en buena medida la verdadera construcción del bien común. Constituyen un lugar de verificación de la autenticidad del compromiso católico en la política. Si no queremos perdernos en un mar de palabras vacías, miremos siempre el rostro de las mujeres, de los jóvenes y de los pobres. Mirémoslos como sujetos de cambio y no como meros objetos de asistencia. La interpelación de sus miradas nos ayudará a corregir la intención y a redescubrir el método para actuar “inculturadamente” en nuestros distintos contextos. Asumir, y asumir en concreto, toda esta problemática significa ser concreto y en política, cuando uno se desvía del ser concreto, se desvía también de la conducción política.

Una nueva presencia de católicos en política es necesaria en América Latina. Una “nueva presencia” que no solo implica nue-

3. Cfr. Comisión Pontificia para América Latina, *La mujer, pilar de la edificación de la Iglesia y de la sociedad en América Latina*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 2018.

4. Francisco, *Discurso al Comité Directivo del CELAM*, 7 de septiembre de 2017.

5. Cfr. S. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 49.

vos rostros en las campañas electorales sino, principalmente, nuevos métodos que permitan forjar alternativas que simultáneamente sean críticas y constructivas. Alternativas que busquen siempre el bien posible, aunque sea modesto.

Alternativas flexibles pero con clara identidad social cristiana. Y para ello, es preciso valorar de un modo nuevo a nuestro pueblo y a los movimientos populares que expresan su vitalidad, su historia y sus luchas más auténticas. Hacer política inspirada en el evangelio *desde el pueblo en movimiento* se convierte en una manera potente de sanear nuestras frágiles democracias y de abrir el espacio para reinventar nuevas instancias representativas de origen popular.

Los católicos sabemos bien que “en las situaciones concretas, y teniendo en cuenta las solidaridades que cada uno vive, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes”⁶. Por eso, los invito a que vivan su fe con *gran libertad*. Sin creer jamás que existe una única forma de compromiso político para los católicos. Un partido católico. Quizá fue esta una primera intuición en el despertar de la Doctrina social de la Iglesia que con el pasar de los años se fue ajustando a lo que realmente tiene que ser la vocación del político hoy día en la sociedad, digo cristiano. No va más el partido católico. En política es mejor tener una polifonía en política inspirada en una misma fe y construida con múltiples sonidos e instrumentos, que una aburrida melodía monocorde aparentemente correcta pero homogeneizadora y neutralizante –y de yapa–, quieta. No, no va.

Me alegra que haya nacido la Academia de Líderes Católicos y se expanda por diversos países de América Latina. Me alegra que ustedes busquen simultáneamente fieles al evangelio, plurales en términos partidistas y en comunión con sus Pastores.

Dentro de unos años, en 2031, celebraremos el V Centenario del Acontecimiento Guadalupano y, en 2033, el segundo milenio de la Redención. Quiera Dios que desde ahora en adelante puedan todos ustedes trabajar en la difusión de la Doctrina social de la Iglesia para así llegar a la celebración de estas fechas con verdaderos frutos laicales concretos de discipulado misionero. A mí me gusta repetir que tenemos que cuidarnos siempre de las colonizaciones culturales, no, las colonizaciones ideológicas, las hay económicas porque las sociedades tienen una dimensión de “coloneidad”; o sea, de ser abiertas

a una colonización. Entonces defendernos de todo. Y al respecto me permito una intuición. A ustedes les tocará ajustar y corregir o no, pero es una intuición que la dejo a la mano de ustedes; si no quieren equivocarse en el camino para América Latina, la palabra es “mestizaje”. América Latina nació mestiza, se conservará mestiza, crecerá solamente mestiza y ese será su destino.

San Juan Diego, indígena pobre y excluido, fue precisamente el instrumento pequeño y humilde que escogió Santa María de Guadalupe para una gran misión que daría origen al rostro pluriforme de la gran nación latinoamericana. Nos encomendamos a su intercesión para que cuando las fuerzas nos falten en la lucha por nuestro pueblo, recordemos que es precisamente en la debilidad que la fuerza de Dios puede hacer su mejor trabajo (cf. 2 Co 12, 9). Y que la Morenita del Tepeyac nunca se olvide de nuestra amada “Patria Grande”, eso es América Latina, una Patria Grande en gestación; que nunca se olvide de nuestras familias y de los que más sufren. Y, por favor, no se olviden ustedes de rezar por mí. Gracias.

ÍNDICE

Capítulo I. La política como servicio al bien común en el pensamiento de Jorge Bergoglio / Papa Francisco.....	7
El espacio de la política en la encíclica <i>Fratelli tutti</i>	23
Capítulo II. Necesidad de una antropología política: un problema pastoral	29
Introducción: Presencia del fenómeno político.....	29
Intento de definición	30
Jerarquizar lo político	32
Método	33
Descripción de la crisis de la posmodernidad.....	34
Características y tentaciones de la antropología política	38
Ontología subyacente a esta antropología.....	44
La solidaridad.....	45
Capítulo III. Curso de formación y reflexión política	47
Capítulo IV. Mensaje del Santo Padre Francisco para la celebración de la 52 Jornada Mundial de la Paz.....	61
1. “Paz a esta casa”	61
2. El desafío de una buena política	62
3. Caridad y virtudes humanas para una política al servicio de los Derechos Humanos y de la paz	62
4. Los vicios de la política	63
5. La buena política promueve la participación de los jóvenes y la confianza en el otro	64
6. No a la guerra ni a la estrategia del miedo.....	65
7. Un gran proyecto de paz	66
Capítulo V. Discurso del Santo Padre Francisco a un grupo de la Pontificia Comisión para América Latina	69